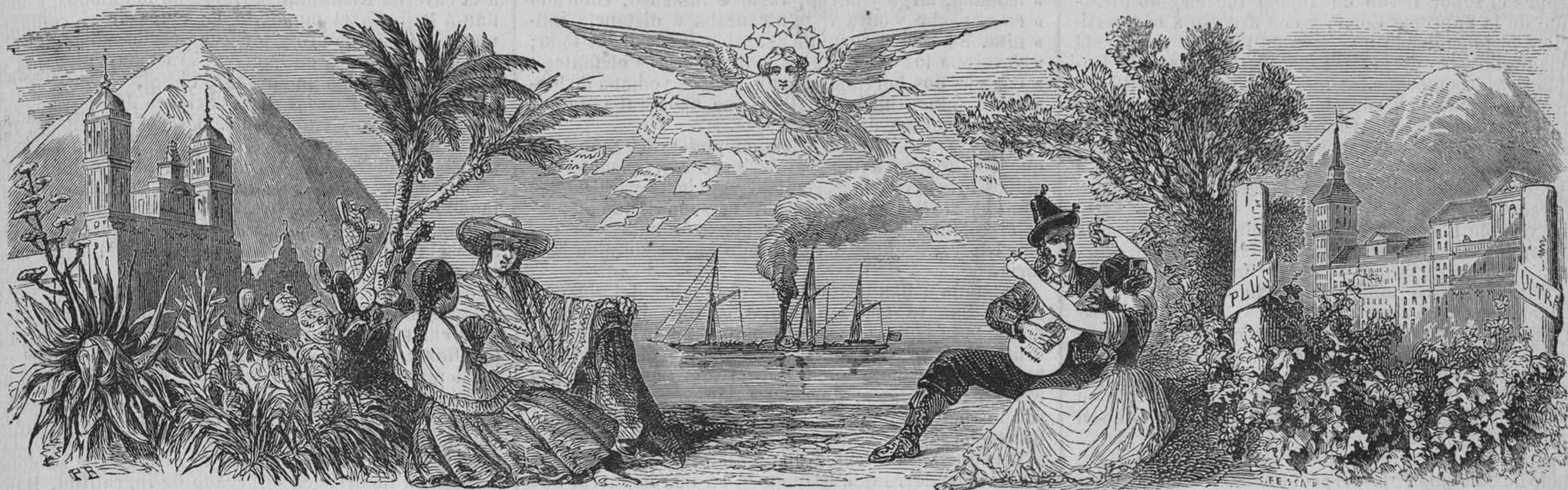


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — Tomo XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 1,033.

## SUMARIO.

**Don Sebastian Lerdo de Tejada, nuevo presidente de la República de Méjico;** grabados. — **Literatura sanscrita.** — **El tiro de palomos en el bosque de Boulogne;** grabado. — **Sucesos de España : Prisioneros carlistas hechos en la accion del puente de Ripoll;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Poesía.** — **Pascos arqueológicos;** grabados. — **Cuentos de Hoffmann.** — **Incendio del Escorial;** grabado. — **Actualidades, por Bertall;** grabados. — **¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **El señor mariscal de campo don Santiago Gonzalez, presidente de la República del Salvador;** grabado.

nos el libro de la Constitucion, y leyó la protesta de la ley.

Su voz sonora se escuchó entre aquel silencio respetuoso y conmovedor.

Concluida esta ceremonia, dejó el salon seguido de su comitiva.

Ni un aplauso, ni un rumor, nada que turbase el duelo de aquel palacio, donde se manifestaba aun el cadáver del señor Juarez.

El señor Lerdo subia á la alta magistratura de la República, llevado por la ley, en el dogma sagrado de las instituciones democráticas.

El nuevo presidente de Méjico, cuyo retrato publicamos, nació en Jalapa, el dia 25 de abril de 1825, y

en la misma ciudad hizo sus primeros estudios, pasando despues á Puebla, en cuyo Seminario concluyó los cursos de latinidad, filosofía y teología. De aquella capital fué á Méjico á estudiar jurisprudencia al colegio de San Ildefonso, recibíendose de abogado en 1851. Al año siguiente fué nombrado rector de este mismo establecimiento, haciéndose cargo de él en 19 de junio, cuando contaba solamente veinte y siete años de edad.

Con motivo de la ley de 25 de junio de 1856, que desamortizó los bienes de corporaciones, promulgada por su hermano don Miguel Lerdo de Tejada, siendo ministro de Hacienda, se elevaron al gobierno 184 consultas, y para resolverlas, fué su colaborador el señor don Sebastian, de quien se dijo entonces que sus decisiones eran invulnerables, y propias de un jurisculto romano.

Reformada la administracion de justicia á consecuencia de la ley Juarez, que extinguió los tribunales especiales, fué nombrado el señor don Sebastian Lerdo de Tejada magistrado de la Corte Suprema de justicia, cuyo puesto desempeñó desde el mes de diciembre de 1855 hasta el 1° de junio de 1857, en que el presidente de la República, don Ignacio de Comonfort, le nombró ministro de Relaciones exteriores.

El dia 4 se hizo cargo de esta secretaria de Estado, y permaneció al frente de ella hasta el 15 de setiembre del mismo año, fecha en que se retiró, siguiendo su ejemplo todo el ministerio.

Esclavo de la legalidad, no quiso prestar la mano al golpe de Estado que se preparaba, y que produjo la caída de Comonfort. En 1861 volvió á la vida política, llamado por sus conciudadanos á ocupar un asiento en el Congreso general, y durante este periodo fué nombrado tres veces presidente de la Cámara, y rehusó el cargo de presidente de gabinete que le ofrecia el jefe del Poder ejecutivo.

El señor Lerdo de Tejada presidia aun la Cámara en mayo de 1863, época en que las autoridades mejicanas debieron abandonar la capital, amenazada por el ejército francés, que ya habia entrado en Puebla.

Siguió á Juarez en calidad de miembro de la Diputacion permanente, y muy luego fué nombrado ministro de Justicia, y despues de Negocios extranjeros. Organizador

## Don Sebastian Lerdo de Tejada,

NUEVO PRESIDENTE

DE LA REPÚBLICA DE MÉJICO.

Don Benito Juarez, presidente de la República mejicana, falleció en la noche del 18 de julio último, y el presidente de la Suprema Corte fué avisado de este siniestro acontecimiento por el ministro de la Guerra.

Al dia siguiente, á las once de la mañana, don Sebastian Lerdo de Tejada, acompañado del ministerio del ilustre difunto y de los empleados de la administracion, se dirigió al recinto de la Asamblea legislativa.

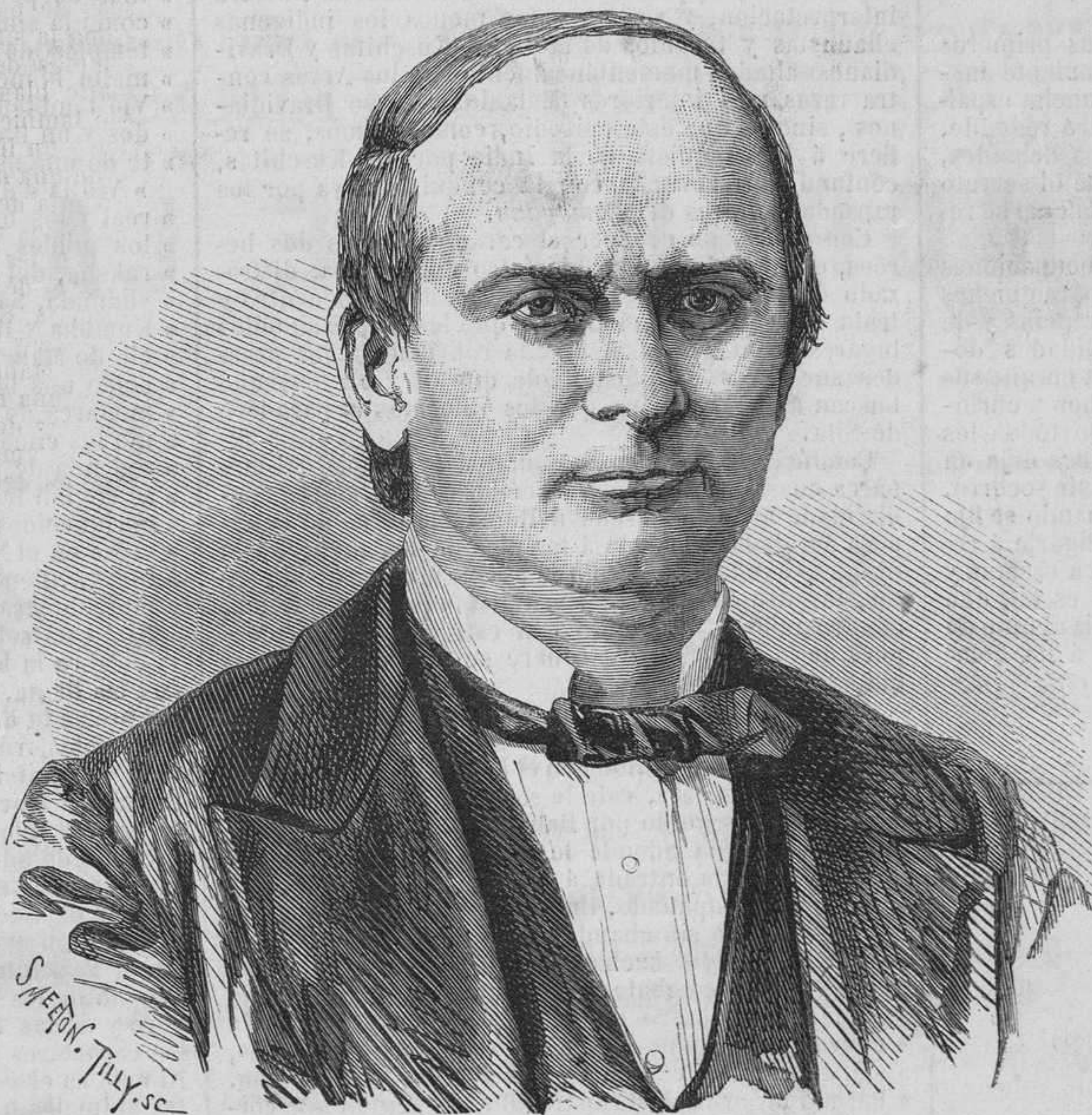
Un concurso inmenso llenaba los salones y galerías.

El cuerpo diplomático, los dignatarios del Estado, los generales y personas de alta significacion politica y social concurrían á la ceremonia.

Apareció el señor Lerdo, sombrío, afectado profundamente por la muerte de su constante compañero en las vicisitudes de la guerra de intervencion.

Ascendió á la plataforma donde le esperaban el presidente de la Asamblea y los secretarios de la diputacion permanente.

El señor Lerdo tomó en sus ma-



DON SEBASTIAN LERDO DE TEJADA,  
Nuevo Presidente de la República de Méjico.

apasionado de la resistencia, defiende su país, y aunque los progresos de la invasión le obligan á retroceder siempre, no se desanima con los descalabros. Cae por fin el imperio, y la opinión pública en Méjico atribuye en gran parte la severidad del castigo de Querétaro á las enérgicas protestas del señor Lerdo de Tejada, inflexible observador de las leyes.

El 20 de julio de 1867 hizo el gobierno republicano su entrada solemne en la capital, de la cual habia estado ausente por mas de tres años. Algunos meses despues el señor Lerdo de Tejada fué elegido presidente de la Suprema Corte, y con arreglo á la Constitución, el funcionario investido de tan alto cargo está llamado, en caso de muerte del presidente de la República, á desempeñar las funciones de jefe del Poder ejecutivo, hasta la espiración del mandato presidencial. El periodo legal termina el 31 de mayo de 1874, y entonces se procederá á nuevas elecciones, siendo de creer que el señor Lerdo de Tejada será elevado á la presidencia, como lo fué en iguales circunstancias su predecesor don Benito Juárez.

La vida de Lerdo de Tejada, añade en conclusion la biografía de donde hemos tomado las notas que anteceden, no ofrece, pues, ninguno de esos contrastes que entre nuestros políticos han dado pábulo á que se les tache de inconsecuentes.

Como ministro, como diputado y como jefe del gabinete, se le vió siempre aceptar con franqueza y decision todas las consecuencias y sacrificios que le han impuesto las circunstancias. Jamás ha retrocedido en sus determinaciones, ni se puede citar caso alguno en que haya demostrado vacilacion ó falta de energía.

Cuando en diciembre de 1869 estalló en la capital del Estado de San Luis Potosí el pronunciamiento que acudió el general Aguirre, Lerdo de Tejada se presentó á la Cámara, pidiendo facultades extraordinarias para sofocarlo. Hubo debates acalorados con este motivo: se profetizó la ruina del gobierno y de las instituciones, y aunque las facultades se concedieron, algunos distinguidos oradores llegaron no solo á dudar, sino á asegurar que el gobierno era impotente con el ministerio que tenia para impedir que la revolucion tomara creces.

Lerdo de Tejada, con esa prevision que hasta hoy no ha burlado el destino, prometió dar cuenta á la Cámara en el próximo periodo de haber concluido la revolucion iniciada en San Luis. Cuando se presentó á devolver las facultades, informando que la paz quedaba restablecida sin haber gravado á los pueblos con ningun género de sacrificios, sin haber restringido la libertad de la prensa, ni apelado á los préstamos y contratos ruinosos de otras épocas, sus mismos destructores tuvieron que admirarle y que reconocer sus altas dotes de hombre de Estado.

Lerdo de Tejada, juzgado por un escritor competente de la época, ha sido considerado como el primer político de nuestros tiempos, á quien la naturaleza concedió un sol por cerebro. « Tan hábil es, dice, en el trabajo lento y reposado de un gabinete, como en medio de una Cámara agitada por alguna tormenta parlamentaria; pero aqui es donde debe verse á Lerdo. Profundamente razonador unas veces y otras paradojal, pero lleno de brillo y de imaginacion, seduce á su auditorio, lo convence y lo arrastra hasta donde quiere. »

Lerdo de Tejada, consagrado desde sus primeros años al estudio, es un hombre verdaderamente instruido. De estatura menos que mediana, ancha espalda y un poco grueso, color blanco, rostro redondo, siempre rasurado, frente vastísima, labios delgados, animados por una sonrisa expresiva, posee el secreto de atraer con la fuerza de su mirada, en la cual se revela su gran talento.

Los momentos que le dejan libres sus ocupaciones los consagra á los libros ó á sus amigos, para quienes tiene constantemente toda clase de deferencias y de miramientos. Acostumbrado á las comodidades domésticas, su porte corresponde á la altura en que sus méritos le han colocado. Se cuentan muchos y curiosos rasgos de su liberalidad, conviniendo todos los que le han tratado de cerca, en que nunca deja un servicio sin recompensa, ni una necesidad sin socorro. Medita mucho en los negocios graves, y cuando se fija en una resolucion nada hay que pueda obligarle á reformarla. Lerdo de Tejada no ha sido nunca casado, y sin embargo la rigidez de sus costumbres es tal, que la sociedad no puede echarle en cara desliz alguno de esos que dan materia para desconceptuar á los hombres mas ameritados.

### Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

(Continuacion. — Véase el número 1,031).

Extraño y oscuro episodio se ofrece inmediatamente á la consideracion del crítico.

Llegados los héroes á un bosque impenetrable, apárecese ante ellos espantoso mónstruo que recuerda

vagamente el Polifemo de la fábula. Hé aqui en qué términos describe el poeta la terrible aparicion :

« Vieron entonces un enorme tronco humano, del color de las sombrías nubes, horrible, espantoso, deforme, sin cuello y sin cabeza, cubierto de puntantes cerdas, con una boca armada de largos dientes y colocada en medio del vientre. De colosal elevacion, igualaba este tronco á la mas alta montaña y resonaba con estruendo semejante al de las nubes en que estalla el trueno. Tenia un solo ojo de color leonado, largo y ancho, vasto é inmenso, colocado en el pecho y cuya vista alcanzaba á distancia infinita. Su fuerza inconmensurable lo destruía todo; devoraba los osos feroces y los mayores elefantes: con sus dos horribles brazos de una yodjana de longitud (cinco millas inglesas) se apoderaba de los cuadrúpedos y de los volátiles. »

Rama y Lakshmana caen en poder del mónstruo que se prepara á devorarlos, pero afortunadamente ambos conservan la serenidad suficiente para luchar con él y cortar los brazos. Al verse mutilado alégrase el gigante, y mas aun al saber los nombres de sus vencedores, á quienes rebosando gozo refiere su historia.

Kabanda ó Danú (que tal es el nombre del gigante) era un Danava (genio ó semi-dios) hijo de Lakshmi, diosa de la belleza (la Venus india). Su belleza extraordinaria y sus penitencias le habian hecho célebre: habiendo desafiado á Indra, este lanzó contra él sus rayos y le redujo al horrible estado en que le hallaron los héroes, advirtiéndole que iria al cielo cuando Rama y Kaksmana le cortaran los brazos.

Terminada la relacion de su historia, Danú suplica á sus vencedores que le quemen en una hoguera. Satisfecho este deseo y reducido á cenizas el mónstruo, lánzase de la pira trasfigurado y en toda su primera belleza. Pero antes de subir al cielo en un carro tirado por cisnes, dice á Rama que vaya á la montaña Rishyamuka donde encontrará al mono (*Vanara*) Sugriva, que arrojado del trono por su hermano el usurpador Bali, hijo del Sol, vive en compania de cuatro vasallos. Con su alianza podrá fácilmente, á juicio de Danú, recobrar Rama su perdida esposa. Dicho esto, asciende Danú al cielo, y Rama y su hermano se encaminan á la residencia de Sugriva.

Es perfectamente inútil buscar el sentido de este episodio, que recuerda aquellos encantamientos de la literatura caballerescas, cuyo prestigio mágico es roto por un paladin andante.

Danú, convertido en mónstruo hasta que los héroes del poema le desencantan cortándole los brazos, es semejante á aquellas doncellas encantadas que esperan un caballero que las libre y que tan frecuentes son en los libros de caballerías. Con este singular episodio concluye el tercer libro del *Ramayana*.

El cuarto libro comienza exponiendo los temores que experimentaban el rey de los monos al ver llegar á Rama y Lakshmana, á quienes toman por espías enviados por el usurpador Bali. Aparecen, pues, los famosos monos que tanta extrañeza causan al lector y cuya verdadera naturaleza dejamos expuesta en nuestro anterior artículo.

Basta leer atentamente los pasajes en que estos seres intervienen, para reconocer la verdad de nuestra interpretacion, y ver en estos monos los indígenas chaunstas y turanios de la India (Kuschitas y Dravidianos) aliados momentáneamente con los Aryas contra razas mas inferiores (Melanios y acaso Dravidianos), sino es que este episodio, como dijimos, se refiere á la conquista de la India por los Kuschitas, confundida y revuelta con la conquista Arya por los rapsodas autores del *Ramayana*.

Con objeto de conocer el carácter de los dos héroes, el mono Hanumat, ministro de Sugriva, disfrazado de religioso mendicante, sale á su encuentro y trata de averiguar el motivo que les trae á aquellos lugares. Contéstale Lakshmana refiriéndole los pasados sucesos y manifestándole que él y su hermano buscan á Sugriva para que les informe del paradero de Sita.

Condúcelos entonces Hanumat á presencia del monarca cuadrmano que les recibe con la mayor cordialidad. Sugriva enseña á Rama las joyas de su esposa arrojadas por esta á los pies de los monos, y le promete ayudarle á recobrar á Sita y castigar al raptor. Júranse entonces eterna amistad Sugriva y Rama, confirmando el juramento con estrecho abrazo, despues de lo cual Sugriva refiere su historia en los siguientes términos :

« Bali, hermano mayor de Sugriva, fué elegido rey de los monos á la muerte de su padre. Habiendo tenido Bali una cuestion con el demonio Mayavi á propósito de mujeres, este le sacó desafiado al campo. Mayavi, perseguido por Bali, se ocultó en una profunda caverna adonde le siguió Bali, dejando de guardian en la entrada á su hermano Sugriva, que le habia acompañado. Un año entero esperó Sugriva á su hermano sin abandonar su puesto, pero viendo que no salia y escuchando dentro de la caverna el ruido de un combate, y viendo salir de ella un río de sangre, le creyó muerto, cerró la entrada de la cueva con grandes piedras y volvió á sus estados, siendo elegido rey en sustitucion de su hermano. Pasado largo tiempo, apareció de repente en la corte Bali, y al ver á Sugriva en el trono, montó en cólera, dió muerte á sus ministros, y reuniendo al pueblo le refirió que habiendo tardado un año en encontrar el sitio en que se habia escondido Maya-

vi, le mató, y al salir de la cueva encontró la puerta cerrada por su hermano, sin duda intencionadamente. Concluida esta relacion, Bali expulsó del reino á Sugriva que, incesantemente perseguido, hubo de refugiarse en el bosque Rishyamuka. »

Enterado Rama de las desgracias de Sugriva, le promete vengarle de su hermano á condicion de que una vez repuesto en el trono, ponga á su disposicion el ejército suficiente para vencer á Ravana y recobrar á Sita. Aceptado el pacto, Rama y Sugriva se dirigen á la caverna Kishkindhya (reino de los monos) y desafian á Bali. En el momento de empezar el combate, una guirnalda de oro y piedras preciosas cae del cielo sobre la cabeza de Sugriva; era esta guirnalda un amoroso recuerdo de su padre el Sol.

Al escuchar Bali las provocaciones de Sugriva, sale á su encuentro y trata con él desesperada lucha. Rama trata de ayudar á Sugriva, pero la extraordinaria semejanza de los dos hermanos le impide hacer uso de sus armas, temeroso de herir á su aliado, resultando de esto que Sugriva queda derrotado.

Para evitar la repeticion de este suceso, Rama aconseja á Sugriva que se ponga un distintivo cualquiera; así lo hace el mono, colocando en su cuello una guirnalda. De nuevo desafía á su hermano: este sale al combate, á pesar de los ruegos de su esposa; pero cuando mas furioso pelea, una flecha disparada por Rama le hiere mortalmente. Antes de morir, recomienda á su hermano que trate con cariño á su hijo Anyada. Verificanse con gran pompa sus funerales, y Sugriva ocupa el trono. El monarca cuadrmano olvida fácilmente las promesas hechas á su aliado. Los placeres de la vida cortesana le distraen de su deber y le hacen incurrir en el pecado de ingratitud. Rama entonces envia á Lakshmana á la corte, encargándole que recuerde á Sugriva sus promesas y le amenace con terrible castigo si por mas tiempo se olvida de ellas.

La embajada de Lakshmana da ocasion al poeta para describir las magnificencias de la caverna Kishkindya, residencia de Sugriva y sus vasallos. La lectura de esta descripcion pomposa, que trascribimos á continuacion, no permite tomar al pié de la letra el nombre de caverna que á la ciudad le da, ni entender que se trata de una tribu de monos, sino de un pueblo de hombres. Véase en qué términos la describe el poeta :

« El exterminador de los héroes enemigos, Lakshmana... vió entonces aquella gran caverna, bella, encantadora, deliciosa, llena de máquinas de guerra, embellecida con bosquecillos y jardines, llena de hoteles y palacios, maravillosa, celeste, toda construida de oro por las manos de Visvakarma (Vulcano), con bosques de variadas flores, con parterres cubiertos de árboles á gusto de todos los deseos... poblada por monos de amable aspecto que podian cambiar de forma á su capricho, vestidos con divinos trajes, adornados con guirnaldas celestes, hijos de los Gaudharras ó de los dioses... ciudad que tenia una gran calle embalsamada por los perfumes del loto, del álces, del sándalo, del rom y de la miel. »

« Vió Lakshmana á cada lado de las calles blancas filas de palacios de variadas construcciones, altos como la cima del monte Kelasa. Vió en la calle Real templos de hermosa arquitectura cubiertos de esmalte blanco, y carros consagrados á los dioses. Vió tambien lagos tapizados de lotos, bosques floridos y un limpió rio que descendia por la pendiente de una montaña. »

« Vió la deliciosa habitacion de Angada (el príncipe real y los magníficos hoteles, bien fortificados, de los nobles monos Mainda, Dwivida, Garaya y Garaksha, del sabio Sarabha, y de los príncipes Vidya, Sampati, Hanumat, Nila, Kesari, Satarali, Kumbha y Rabha... Vió tambien, semejante al palacio de Mahendra y protegido por una muralla, tal como una blanca montaña, el delicioso castillo del monarca de los monos, con sus cúpulas blancas como las cimas del Kelasa; mansion casi inabordable, rodeada de jardines embellecidos con árboles en que se cogian frutos en toda estacion, y de bosquecillos enriquecidos con plantas afortunadas y celestes, nacidas en el Naudara; este castillo, regalo del mismo Indra... lleno de monos terribles armados de venablos, mostraba con orgullo sus arcos de oro... »

Si á esta soberbia descripcion se agrega que el poeta celebra la belleza de los monos y de las mujeres (asi las llama, y no monas) que con ellos habitan, que los presenta dotados de alta inteligencia y de palabra, inmortales, religiosos, etc., se comprenderá que, si bien el panteísmo indio pudo inducirle á conceder humana naturaleza al maravilloso buitre Djatayu, no es creible que llevara su credulidad ó su fantasia al extremo de admitir existencia de una nacion de cuadrmanos de esta clase; hay, pues, que reconocer la verdad de nuestros asertos y ver en los vasallos de Sugriva un poderoso pueblo Dravidiano (Malayo), ó mejor Kuschita, asimilado á los cuadrmanos por el orgullo de los Aryas y por la semejanza del color oscuro y de las facciones de estas razas inferiores con los caracteres propios de los monos antropomorfos. Ni este es el único ejemplo de tales asimilaciones entre animales ó mónstruos y pueblos de raza inferior hechas por los antiguos y los modernos. Recuérdense las fábulas griegas acerca de los Centauros, Arimaspes, Pigmeos, Cinocefalos, Acéfalos, Ciclopes, etc.; las relaciones de muchos viajeros de la Edad Media

(Marco Polo y otros), y las opiniones absurdas que hasta hace poco han tenido crédito acerca de los Patagones, los Nyam-nyans, etc.

Enérgico discurso pronuncia Lakshmana en presencia de Sugriva. Con durisimas frases le echa en cara su ingratitude y su indolencia, y amargamente le recuerda los servicios de su hermano, tan mal recompensados. Con no menos calor defiende á su esposo la reina Tara; por fin Sugriva promete dar las órdenes oportunas para emprender la campaña, y la buena armonía entre el mono y sus aliados queda restablecida.

La espléndida fantasía oriental campea en todo su vigor en la descripción de los ejércitos de Sugriva. Llevando la hipérbole y la exageración al último extremo, el poeta adopta como unidad numérica el *Koti*, equivalente á diez millones, y aglomerando miles sobre miles de *kotis*, presenta á los ojos del lector atónito ejércitos innumerables cual las estrellas del cielo ó las arenas del mar.

Esta grandiosidad colosal domina en el poema y le reviste de proporciones asombrosas. Siempre fué la grandeza característica de Oriente, siempre se manifestó en ella su constante tendencia á lo infinito, y no es extraño que á los templos colosales de la India corresponden concepciones poéticas no menos colosales, así como á la elegancia del Partenon corresponde la elegancia de la *Iliada*. Y aun no le basta al poeta la mencionada unidad: pareciéndole pequeña, sin duda, la cifra, emplea despues el *padma* (diez mil millones) y el *sankha* (cien mil millones). De esta suerte, el ejército de Sugriva asciende á una cifra verdaderamente incalculable.

Comienzan á acudir á las órdenes de Sugriva los monos que habitan las orillas del Océano y los que pueblan las montañas del Grande Andjana, de Maudara, del Kelasa, del Himalaya, del Udaya y del Dindhya; á los monos se agrega un respetable contingente de osos.

Sugriva se dirige á la morada de Rama y le anuncia que en breve llegarán sus ejércitos. Reúnense estos efectivamente, y son revistados por Rama y Sugriva. La enumeración de estas masas de combatientes es grandiosa. El poeta dice que su número era tal, que eclipsaba la luz del sol y hacia temblar la tierra entera bajo los pasos de los guerreros.

El ejército cuadrumano estaba mandado por veinte y cinco afamados generales. Estos jefes son: Satabali, Sushena, Gaudhamadana, el príncipe heredero Angada, Rambha, Garaya, Durmukha, Kesari, Panasa, Mainda, Dwivida, Tara, Darimukha, Indradjanu, Karambha, Gaya, Vinata, Kumuda, Sampati, Nala, Sanata, Rabhasa, el primer ministro Hanumat, Garaksha, y el rey de los osos Dhumra al frente de sus tropas auxiliares.

Revistadas las tropas, Sugriva envía á los diferentes puntos de la tierra cuerpos de ejército encargados de averiguar el paradero de Sita. El general Vinata se encarga de recorrer las comarcas orientales; Tara de las regiones del Sur; Sushena del Occidente, y Satabali del Norte; Hanumat, como el mas astuto é ingenioso de los monos, recibe la orden de explorar distintamente todos los puntos del espacio, y Rama le da su anillo para que lo presente en su nombre á Sita, si acaso llega á encontrarla. Los exploradores reciben orden de regresar en el término de un mes, so pena de muerte; además, todos los soldados de Sugriva se obligan por juramento á recobrar á Sita y castigar á Ravana.

Trascurrido el plazo fijado por Sugriva, todos los expedicionarios regresan sin haber podido dar feliz cima á sus empresas; solamente el cuerpo de ejército mandado por Hanumat y el príncipe Angada continúa sus exploraciones.

Despues de haber corrido graves peligros en una encantada caverna, en cuyo inextricable laberinto vagaron un mes entero, caverna que en su fondo inaccesible encerraba palacios magníficos, y que era habitación de una austera penitente, los soldados de Hanumat, al ver que había pasado el plazo fijado por su regreso, deciden dejarse morir de hambre, librándose así del afrentoso suplicio que en la corte de Sugriva les esperaba. Tendidos á orillas del mar aguardan la muerte con la imperturbable serenidad de los orientales, cuando el rey de los buitres, Sampati, hermano mayor de Dhatayu, alcanza á verlos y decide devorarlos. Mas cuando va á arrojarlos sobre ellos, el nombre de su hermano, pronunciado por Hanumat, le llama la atención; acércase al guerrero y oye de sus labios la trágica relación de la muerte de su hermano. El buitre, entonces, renunciando á sus feroces propósitos, refiere su historia y la de Dhatayu, singular anecdota, que es como sigue:

«Una vez Sampati y Dhatayu hicieron la apuesta de seguir el curso del sol, poniendo por precio de ella el reino de los buitres. Al llegar el medio día Dhatayu se sintió desfallecer, viéndose obligado Sampati á cobijarle bajo sus alas; pero habiéndose aproximado demasiado al sol, las alas de Sampati se quemaron y cayó precipitado desde el cielo sobre la cumbre de una montaña, donde permaneció confinado para siempre.»

Tal es la extraña historia de Sampati, que no deja de ofrecer alguna semejanza con la conocida fábula de Icaro.

Despues de referir esta historia, Sampati revela á los monos el lugar en que se encuentra Sita, pidiéndoles que, á cambio de este servicio, le conduzcan á

la orilla del mar para ofrecer el agua lustral á los mames de su hermano.

Cumplida la ceremonia, cuenta Sampati, que cuando perdió las alas, un santo anacoreta le profetizó que las recobraría, indicándole de una manera vaga que las aventuras de Rama no serian extrañas á este feliz suceso. El momento de cumplir la profecía llega en efecto. Apenas ha terminado su discurso Sampati, cuando sus alas renacen en todo su vigor, con gran asombro de los monos. Entonces el buitre les aconseja que se dirijan al monte Malaya, y que aquel de entre ellos que sea capaz de franquear de un salto cien yodjanas, atraviese el mar y se introduzca en la isla de Lanka, donde se encuentra Sita. Dichas estas palabras, el buitre se remonta al cielo y el ejército cuadrumano se dirige gozoso hácia la playa.

Acampado el ejército en la orilla del mar, el general Angada propone á sus soldados y oficiales que se elija á uno capaz de pasar el mar de un salto para que reconozca la isla. Ninguno se juzga en aptitud de llevar á cabo tan atrevida empresa, incluso el mismo general Angada; profundo silencio reina en las filas, hasta que Djambarat designa á Hanumat como el único que puede realizar la hazaña.

Tomando entonces Hanumat una nueva forma, propia para navegar por los aires, levántase de su asiento y manifiesta que pasará el mar, refiriendo al mismo tiempo su historia en los siguientes términos:

«Habiendo el padre de Hanumat vencido en singular combate al terrible elefante Dharala, enemigo implacable de los ascetas, estos prometieron otorgarle la gracia que les pidiese. El mono pidió el favor de tener un hijo hermoso, inmortal y fuerte como Marutta (dios del viento). La merced le fué al punto concedida.»

«Paseábase un día Andjana, hija del rey de los monos, Kundjara, y esposa del mono vencedor del elefante por las cimas del Malaya, cuando se la acercó Marutta, el dios del viento, y estrechándola entre sus brazos la dijo que de aquella union mística que con ella contraía y que en manera alguna podía manchar su pureza, nacería un hijo bello, valiente y forzudo. Este hijo es el mismo Hanumat.»

Terminada esta narración, Hanumat se lanza de lo alto de Mahendra en el seno de los aires, y atraviesa el mar en medio del asombro de todas las criaturas y del aplauso de las divinidades que le contemplan desde el cielo. Durante su travesía da muerte á un monstruo llamado Sinhika, que intenta devorarlo, y por fin, llegando á la opuesta orilla, pone el pié en tierra á la vista de Lanka. Aquí concluye el cuarto libro de la epopeya.

## V.

Da principio el quinto libro en el momento en que Hanumat se dispone á reconocer la ciudad de Lanka. Hé aquí en qué términos describe el poeta la ciudad que pudiéramos denominar la Troya india.

«Lanka estaba rodeada de murallas semejantes á masas blancas, y de fosos llenos de aguas profundas é inagotables: cercábase también una gran trinchera de oro... Empavesada con estandartes y banderas, adornada con balcones, de oro unos y de cristal otros, coronábanla centenares de miradores colocados en lo alto de sus casas. Sobre el suelo de la trinchera se veían columnas de esmeraldas y lapislázuli, brillantes cual si fueran centenares de soles y lunas, sobre cuyos capiteles se elevaban arcos magníficos. Como brillan las constelaciones en el cielo, brillaban en Lanka sus soberbios palacios, elevados como las cimas del Kelasa, blancos como las nubes de otoño; palacios de coral, de mármol, de plata, de oro y de lapislázuli, con ventanas de lápiz y perlas, puertas de oro, pavimentos de coral y escaleras de piedras preciosas.»

Hanumat, disminuyendo su tamaño, inspecciona cuidadoso todas las casas de la población, y llega por fin al palacio de Ravana. Encerraba este palacio todo género de riquezas y maravillas, como son caballos con cabeza de loro y alas de garza, rojos, amarillos, blancos, negros, bayos, verdes, carmesies y rojizos, ó con la piel manchada; piedras preciosas, licores exquisitos, etc. En medio de estas riquezas se hallaba el gran carro Puspaka, de media yodjana de largo y otro tanto de ancho (4 kilómetros, 22 y medio metros); este carro estaba apoyado sobre columnas de oro; sus puertas eran de oro y piedras finas; y estaba cubierto de perlas y de árboles, rodeado de arcos incrustados de coral, y encerraba en su recinto un palacio magnífico de oro y pedrerías, con pavimento de cristal, muros de marfil y escaleras de piedras finas. Dentro de este palacio, rodeado de mujeres hermosísimas, recostado en un trono de cristal, debajo de un quitasol blanco adornado de guirnaldas, abanicado por bellas odaliscas, entre incienso y perfumes, ungidos sus miembros con sándalo rojo, cubierto de joyas, ceñidos sus brazos con brazaletes de plata, envuelto su cuerpo en túnica de oro y reposando tranquilo al lado de su bella esposa la rubia Mandodari, se hallaba el rey de los Rakshasas, el terrible demonio Ravana.

Hanumat recorre todo el palacio sin encontrar á Sita, hasta que cansado de sus investigaciones se refugia en un bosquecillo, y encaramado en un árbol espera tranquilamente la llegada de la princesa. No tarda esta en llegar rodeada de Rakshasis, demonios

hembras), deformes y repugnantes, cuya horrible pintura, un tanto grotesca, hace detenidamente el poeta. Todas las formas monstruosas que la fantasía humana ha concebido, reuniendo en disparatado consorcio los miembros de los mas opulentos animales, todo el inagotable repertorio de vestiglos que llena los infiernos de las diversas religiones, se encuentra reunido en esta enumeración extraña que recuerda las fantasías caprichosas de Callot ó las no menos estrambóticas del Bosco.

A través de esta pintura, que tan vivamente refleja el odio de raza que el poeta anima contra los primitivos indígenas, representados en los súbditos de Ravana, pueden vislumbrarse los rasgos distintivos de aquellos Melanios que habitaban la India y cuyos miserables restos pueblan la Australia. Estas Rakshasis negras, antropófagas, untadas de grasa, de largas orejas, grandes dientes, abultado vientre y caídos pechos, armadas de lanzas y mazas de armas, recuerdan al punto los horribles habitantes de la Papuasía y de la Australia, cuya repugnante pintura han trazado todos los viajeros modernos; compárense los negros colores con que pinta el poeta á los Rakshasas, con la benévola descripción que hace de los monos, y se confirmará nuestra opinión acerca del sentido de esta leyenda; opinión que comprueba la historia al revelar las buenas relaciones que por lo general mantuvieron los Aryas con los Kushtitas, es decir, con los vasallos de Sugriva.

Desde su escondite es testigo Hanumat de una conferencia entre Sita y Ravana. Halagos, promesas, amenazas, todos los recursos son agotados por Ravana en este coloquio, y todos son inútiles; los esfuerzos del raptor se estrellan en la virtud inquebrantable de la robada. Por último, ciego de furor el tirano, concede dos meses de plazo á su cautiva para adoptar una resolución, al cabo de los cuales, ó habrá de consentir en ser su esposa, ó será devorada por el terrible demonio. Pronunciada tal sentencia, y despues de encargarse á las Rakshasis que empleen todos los recursos, incluso la violencia, para vencer la obstinación de Sita, Ravana se retira furioso á sus habitaciones.

Despues de la partida de Ravana, las Rakshasis atormentan por largo espacio á su cautiva con todo género de insultos y amenazas. Entre tanto Hanumat se decide á hablarla, y dirigiéndose á ella la refiere todo lo que ha sucedido despues de su rapto. Con asombro le escucha Sita, creyendo que es víctima de una ilusión ó de un sueño; pero el mono desvanece su desconfianza entregándole el anillo de Rama. Trábase entonces entre ambos dulce y sosegado coloquio, al término del cual Hanumat propone á Sita que monte en sus lomos y huya de aquel recinto. Al verle tan pequeño, dicele Sita que lo que propone es imposible; pero aumentando él su tamaño en proporciones colosales, desvanecen sus dudas. Un sentimiento de delicado pudor impide, sin embargo, á Sita realizar el proyecto; parécela, en efecto, poco decoroso montar en un ser que aun no siendo hombre, pertenece al sexo varonil. Hanumat aplaude estos escrúpulos y ruega á Sita que le dé alguna señal que sea testimonio de su entrevista. Ella entonces le encarga que recuerde á Rama dos delicados episodios de su vida íntima amorosa, con cuya relación bastará para que el héroe dé crédito al mensajero. Todavía no le bastó esto á Hanumat, por lo cual, y cediendo á sus ruegos, Sita le entrega una de sus trenzas para que se la dé á su esposo. Despidese entonces Hanumat, pero antes de partir destruye con sus poderosas manos los jardines del palacio.

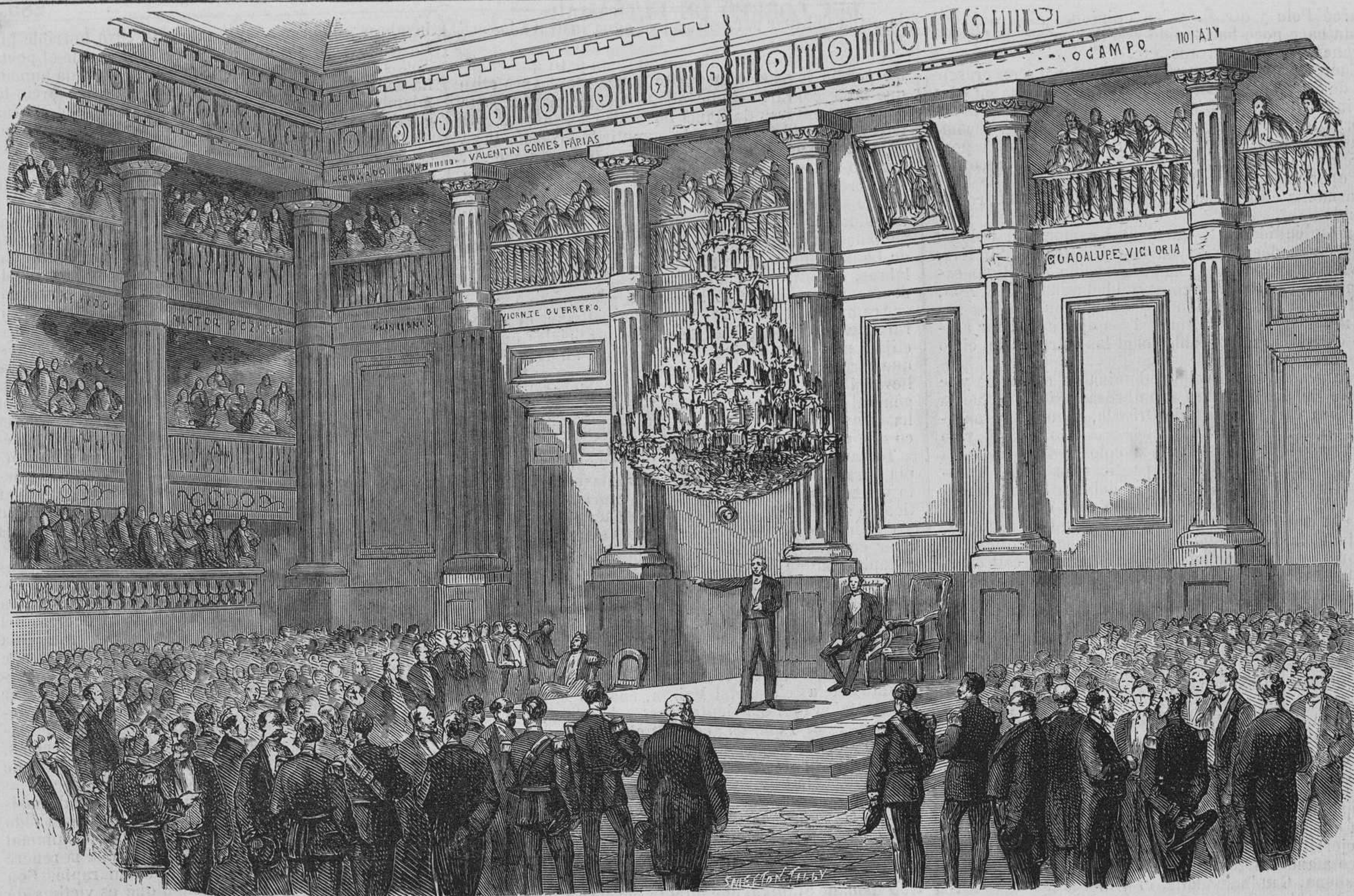
Al tener noticia Ravana de este destrozo, da orden de prender al atrevido cuadrumano, en cuya busca sale inmediatamente su hijo Indrajit sobre un carro tirado por cuatro leones. Lucha formidable se entabla entre el mono y el Rakshasa; pero este dispara contra aquel la flecha de Brahma, dotada de la virtud mágica de privar de movimiento al enemigo, y Hanumat, rendido, es aprisionado por los Rakshasas.

Preséntale estos á Ravana, en cuya presencia le dirige un largo interrogatorio el ministro Prahasta. Hanumat revela su nombre, dice que es embajador de Sugriva y á nombre de este y de Rama íntima á Ravana que devuelva á Sita á su esposo: enfurecido el tirano, fulmina en el acto contra Hanumat sentencia de muerte.

Empero Vibhishana, hermano de Ravana, y el mas virtuoso de los Rakshasas, hace presente al rey la gravedad de la orden dada, contraria al derecho de gentes, que prohíbe quitar la vida á los embajadores. Vencido por sus razonamientos, Ravana dispone que la sentencia de muerte no se ejecute, limitándose el castigo del mono á pasearle por las calles de la ciudad y quemarle la cola.

En cumplimiento de esta orden, los Rakshasas envuelven la cola de Hanumat con algodón untado de aceite y la pegan fuego, paseándole en tal posición por la ciudad con gran algazara; pero sabedora Sita del suceso, dirige ferviente súplica al dios del fuego para que proteja al mono. Esta súplica es atendida, Hanumat no experimenta dolor alguno en el suplicio.

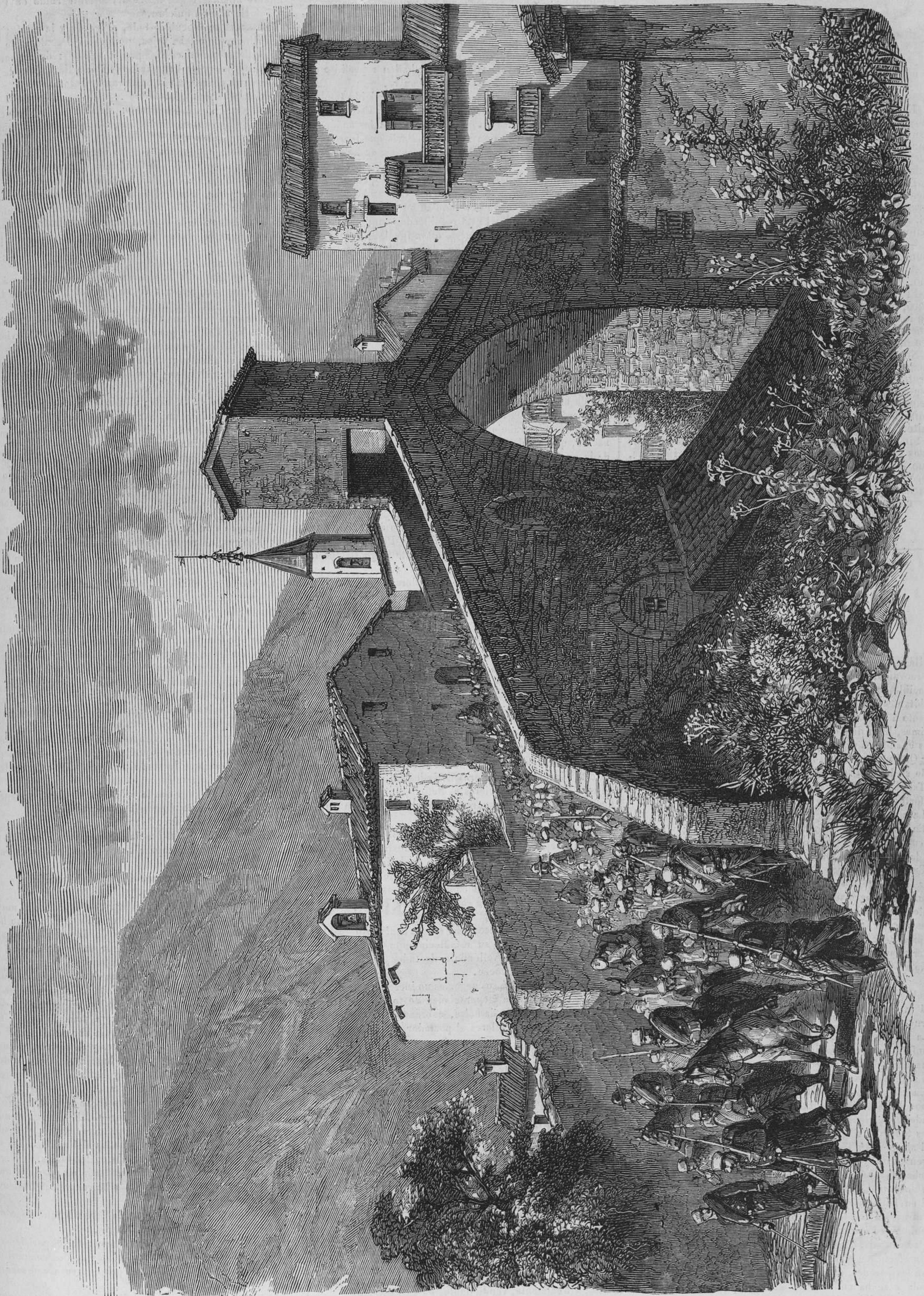
(Se continuará.)



MÉJICO. — Declaracion constitucional del nuevo presidente, en el salon de sesiones del Congreso de la Union, el 19 de julio de 1872.



PARIS. — El tiro de palomos en el bosque de Boulogne.



SUCESOS DE ESPAÑA. — Las tropas del gobierno conduciendo prisioneros carlistas hechos en la acción del puente de Ripoll.

## El tiro de palomos

EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.

El tiro de palomos recientemente instalado en el bosque de Boulogne, se halla en la parte del bosque contigua á Neuilly, donde se hallan el Jardin de aclimatacion y el Círculo de patinadores. Conocido es el elegante Círculo de los patinadores, su magnífica instalacion y las brillantes fiestas que en él se han dado.

El tiro se encuentra delante de los bonitos pabellones de patinadores. El tirador se coloca al frente del gran pabellon central del club, y á cincuenta pasos de él, á flor de tierra, hay cinco cajas que contienen los palomos, y que se abren con un hilo desde lejos.

— Pull! Pull! grita el tirador cuando está dispuesto.

A esta señal se abre una de las cajas, sale un palomo, y el hombre dispara.

El reglamento del tiro es minucioso y bastante severo, porque se ha tenido muy en cuenta la seguridad de los paseantes. Así pues, el que tira mas allá de las líneas de los banderines flotantes indicados en nuestro dibujo, debe pagar una multa de cien francos.

No es fácil ser miembro del círculo, en razon á que tienen que observarse ciertas formas que, bajo ningun pretexto, pueden infringirse. El aspirante tiene que ser presentado por un miembro del círculo, que compromete su responsabilidad y debe firmar la carta de admision del socio, con uno de los miembros del comité.

Sin embargo, hay excepcion en favor de los miembros de las diferentes sociedades deportivas inglesas, que se consideran como miembros honorarios del Círculo de patinadores. Solo cuando su estancia en Paris pasa de dos meses, tienen que someterse á la ley comun.

L. C.

## Revista de Paris.

Hé aquí el invierno á mediados de octubre, un invierno extraordinariamente anticipado, pero no menos frio y desapacible que si estuviéramos á mediados de diciembre. Los habitantes del campo se vuelven á toda prisa á Paris, y en cuanto á los parisienses que se hallaban en las playas marítimas, hace dias que abandonaron ya tan agradables sitios cuando es propicio el tiempo.

¿Qué nos espera en la temporada en que Paris ostenta todo su lujo en sus continuadas fiestas?

Tal es la pregunta que se dirigen los privilegiados por la fortuna que tienen consagrada su vida á los placeres.

La contestacion á la verdad es bien difícil.

En primer lugar todo depende de la política; y sabido es cuán frágil y ocasionada á trastornos aparece en Francia la situacion presente.

En vano el gobierno, cada vez que halla ocasion de tomar la palabra, como por ejemplo, en las sesiones de la comision de permanencia, declara que el pais está tranquilo, y que desea la paz; pues á vuelta de estas afirmaciones, cada vez tambien que los partidos se encuentran en presencia, se muestran mas divididos y enconados, sin ceder ni unos ni otros un palmo de terreno.

No se verá algun tanto clara esta situacion, sino cuando se reuna de nuevo la Asamblea á principios de noviembre próximo. Dícese que una de las primeras batallas será la de la venida á Paris que piensa proponer el gobierno.

La solucion en este sentido seria para la capital un triunfo importante. La idea de que los representantes de la nacion se obstinan en permanecer en Versalles, tiene una gran influencia para que Paris no vuelva á su apogeo.

Sin embargo, el forastero que llega á Paris no puede menos de hacer justicia tanto al gobierno como á las autoridades municipales por sus esfuerzos para borrar cuanto antes todas las llagas que la guerra extranjera y la guerra civil abrieron en la gran ciudad; y que en su conjunto, representan un trabajo de inmensa importancia.

Echemos una rápida ojeada á esta obra de reconstruccion de proporciones colosales.

Si en Tullerías y en el Hotel de Villa, aun no se ha hecho otra cosa que levantar los escombros dejando limpias las ruinas, en cambio en otros puntos la restauracion está muy adelantada.

Con efecto, en el Palacio de Justicia, del que solo quedaban las paredes, se ha reconstruido la techumbre de la fachada y se ha cubierto la mitad de la célebre sala de los Pasos Perdidos. Entre tanto se trabaja con grande ac-

tividad en el interior, para restablecer en su antiguo estado los diferentes servicios de los tribunales.

Todo lo que quedó del ministerio de Hacienda ha desaparecido, y hoy no se ve en aquel sitio mas que un vasto solar que se ha querido vender por 16 millones, y que no ha encontrado comprador.

Las oficinas de este ministerio se hallan repartidas entre el Palacio de la Industria y el Louvre.

Este palacio de los Campos Elíseos ha exigido tambien reparaciones, como el arco de triunfo de la Estrella, y todavía están cubiertas las nuevas obras con los andamios.

Las casas de toda esta region de Paris que fueron deterioradas por el bombardeo de las tropas, se hallan restauradas.

La propiedad particular no se ha dormido, antes al contrario, ha dado pruebas de que queria restablecerse con extraordinaria prontitud en todo su antiguo brillo.

No solo la calle Real está reedificada completamente en sus grandes averias, sino que lo están igualmente la de San Martin, la plaza de la Bastilla, la avenida Victoria. Únicamente en la calle du Bac, en el boulevard Voltaire y en la Croix-Rouge se encuentran aun bastantes ruinas.

Sabido es que el teatro de la Puerta de San Martin fué presa de las llamas: dos teatros nuevos se edifican en el mismo sitio que acabarán de animar ese boulevard, triste y desamparado con las ruinas del famoso teatro conocido, siquiera sea de nombre, en todo el mundo.

Por último, las fachadas de ciertas iglesias, las estaciones de los caminos de hierro, las estatuas mutiladas, todo se recompone, con mas ó menos rapidez, y lo hecho ya nos da una prueba palpable de que la obra de reconstruccion será completa en un tiempo determinado.

Todos estos trabajos dicen á los representantes de la nacion, que ya desaparecen hasta las señales materiales de la guerra civil, y que es tiempo de que Paris vuelva á ser en todo y por todo la capital de la Francia.

Y no cabe duda que si la Asamblea nacional entrara en Paris, seria un gran paso para que la gran ciudad volviese á recobrar lo que ha perdido.

Por lo menos seria un encaminamiento á ese fin, pues nadie puede hacerse la ilusion de que Paris, lo mismo que la Francia, no se resientan durante largo tiempo de las pasadas calamidades.

¿Quién no tiene pérdidas que deplorar?

Además, los sacrificios que debe hacer el pais para saldar su cuenta con la Alemania, han encarecido la vida en la capital, y esta es otra causa de malestar momentáneo.

Como si no bastara todo esto, jamás la fiebre de la especulacion ha llegado al punto que en el dia tiene.

Por todas partes se abren casas llamadas de cambio, que ofrecen al público las condiciones mas ventajosas en el empleo de los capitales; y con harta frecuencia suele suceder que los que se fian en tan seductoras promesas, reciben terribles desengaños.

Parece increíble que se entregue el dinero al primero que lo solicita en medio de la calle.

Y sin embargo, es así, y nadie tiene presente que Paris está plagado de caballeros de industria, que el brillo de esas empresas financieras es ficticio, y que, cuando han hecho el negocio, desaparecen arrastrando en su ruina miles de incautos.

Estos últimos dias las crónicas de los tribunales nos han contado la epopeya de uno de esos industriales de mala ley, que operan sus estafas sobre la credulidad pública.

Hace pocos años, el individuo en cuestion llamado Jacinto Piton, poseia por todo capital una suma de 30,000 fr., y se le ocurrió fundar una casa de banca en la plaza del Havre, número 15.

Lo primero que se necesitaba era un título retumbante; y con efecto, llamó á su establecimiento *Comptoir des coupons*, que anunció valiéndose de todos los medios de publicidad que se conocen.

Seguidamente dió á sus negocios un incremento extraordinario, entregándose á operaciones de toda clase, compra y venta de valores de bolsa, cobranza de letras, descuento de cupones y valores al portador, préstamos sobre títulos, etc.

En el período mas brillante de su nueva condicion se casó con una jóven que le llevó en dote mas de 100,000 fr.; pero bajo el régimen dotal, por cuya razon no pudo disponer de este dinero.

Entonces, decimos, se hallaba en toda su gloria, gastaba como un príncipe, tenia coches y caballos, compraba muebles y objetos de arte, en suma, se habia convertido en un personaje importante.

Ahora bien, ¿cómo y de qué manera se gobernaba para hacer frente á tales gastos?

Muy sencillo, hacia lo mismo que hacen todos los de su especie, y que por mas que se repite, á nadie sirve de escarmiento.

Traficaba con los valores que le entregaban en prenda de los préstamos, primeramente exigiendo un interés usurario, hasta el 12 por 100, despues empeñándolos por mayor cantidad, y por supuesto con menos interés en el Banco; y finalmente, vendiéndolos en su provecho.

Así sucedió que llegó un dia en que no pudo devolver

los títulos, comenzaron las quejas y el famoso establecimiento financiero que habia hecho tanto ruido en Paris, fué declarado en quiebra.

Entonces se descubrió todo, el fraude y la estafa; pero el delincuente estaba lejos, porque el desenlace de esta clase de historias es siempre el mismo: de repente el opulento banquero desaparece de Paris llevándose la fortuna ajena cuando no la ha devorado locamente.

Pasemos ahora á los teatros.

Las novedades dramáticas se suceden sin interrupcion, y si las empresas continúan así, tendremos una temporada muy variada y muy amena.

Desgraciadamente los triunfos son escasos. *La Arlesiana*, la nueva pieza de que hablamos á nuestros lectores en nuestra última revista, está á punto de desaparecer, como era de esperar, segun el resultado de la primera noche, que no ha hecho mas que confirmarse en las siguientes.

En el Odeon se ha estrenado *la Salamandra*, comedia en cuatro actos de M. Victor Plouvier, tambien con poco éxito.

El argumento, sin embargo, es interesante.

Una familia de la mas encumbrada nobleza viene á menos por las disipaciones de su jefe, el marqués de Chaleinnes.

La marquesa es una señora llena de virtudes, lo mismo que su hija Calista; pero el hermano de esta, Octavio, ha salido al padre: es verdaderamente el hijo pródigo.

El que se anda por malos caminos, rara vez encuentra el puerto de salvacion; muy al contrario, lo que halla con toda seguridad es el abismo.

Así le sucede á Octavio; viéndose sin recursos apela á la infamia, falsifica una letra de cambio.

Calista descubre la falsificacion. ¿Qué hará para impedir la deshonor de su hermano?

Aquí tenemos que presentar á un innoble personaje.

Es un tal Aubiron, amigo de la familia, un viejo de costumbres licenciosas, que ha convertido su casa en un lugar de orgías, donde se hallan siempre en permanencia las mesas de juego.

Aubiron es un hombre muy rico, y cuando se trata de sus placeres, no repara en gastar sumas fabulosas.

A este hombre se dirige Calista, con la muerte en el corazon, por el delito de su hermano.

La jóven, que acaba de salir del convento, era desconocida para Aubiron, que al verla se queda prendado de su hermosura.

¿Qué gozo el suyo cuando la cándida y bella criatura le pide una limosna de algunos miles de francos!

Aubiron llena una cartera de billetes de banco, y la deja encima de una mesa; si á su vuelta aquel dinero ha desaparecido, es que la jóven consiente en ser amada.

¿Qué comprende Calista de aquel trato infame? No ve mas que la salvacion de Octavio, y apoderándose de la cartera, sale feliz de aquella inmunda casa.

Sin embargo ha sido vista primero por su hermano, que naturalmente, frecuenta aquellos lugares, y despues por un jóven conde que la ama sin saber quién es, prendado tambien de su belleza incomparable.

Entrambos jóvenes con la rabia en el alma, se lanzan en busca de Aubiron á pedirle explicaciones.

— ¿Quién es esa jóven? le preguntan.

Y Aubiron con la insolencia del que cree que todo en el mundo se puede comprar con dinero, responde sonriendo:

— ¿No lo habeis comprendido? Es mi querida.

Buena situacion de drama.

El desenlace es fácil de adivinar: se descubre el motivo de la presencia de Calista en casa de Aubiron, se hacen las bodas de la inocente hija de la marquesa con el conde, y este se apresura á librar de la deshonor á su hermano Octavio.

Hemos dicho que esta nueva comedia ha obtenido poco éxito, lo que se explica por su falta de desarrollo de la intriga dramática. Extrañamos que un autor tan experimentado como M. Plouvier, no haya pensado que si fábula interesante en el fondo no podia dar materia, por su sencillez, por su falta de situaciones y de efectos, á cuatro actos. Reducida á uno solo, habria sin duda tenido sus proporciones naturales, y muy distinto, á nuestro juicio, habria sido tambien su resultado.

El actor M. Brindeau ha sabido sacar bastante partido del repugnante personaje de Aubiron. Mlle Broisat es una actriz que hace en el Odeon sus primeras armas, y desde luego se ha conquistado las simpatías del público por su ingenuidad y su graciosa elegancia en las tablas.

En la Grande Opera se ha presentado esta semana una novedad muy apreciada por los admiradores del talento coreográfico.

Tenemos una nueva bailarina, la Sangalli, que llega de América con una fama extraordinaria.

El baile en que se ha dado á conocer de los parisienses es *la Source*, en dos actos, con música de dos compositores M. Minkous y M. Delibes, el primero ruso y el segundo francés.

Las piezas de uno y otro se distinguen perfectamente. M. Minkous, es un compositor de carácter melancólico;

sus melodías parecen baladas alemanas, en tanto que M. Delibes, sigue punto por punto la escuela francesa, y por consiguiente atiende más á la ciencia que al arte.

¿Qué diremos de la Sangalli? Poco competentes en la materia, nos limitaremos á consignar aquí la impresión del público, que no la ha podido ser más favorable. Es en verdad, una bailarina sorprendente por su fuerza incansable; pero la falta gracia, y lo que llaman estilo los inteligentes. De todos modos ha obtenido un gran triunfo; París la ha aceptado con entusiasmo desde la primera noche.

Nos falta espacio para hablar de otras novedades, que dejaremos para la semana próxima.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

Á LA SEÑORITA

CÁRMEN ROSA DE TEZANOS PINTO.

Entre las ondas del Sena,  
A cuya orilla vagaba  
En una tarde serena,  
Vi que el agua reflejaba  
La imágen de una Sirena.

Con entusiasmo y encanto  
Contemplé la linda faz:  
Al viento lancé mi canto,  
Olvidando mi quebranto  
Y gozando de solaz.

Era una jóven hermosa,  
De ojos que la Poesía  
Con su lumbre deliciosa  
Iluminaba amorosa  
Y que en su igual convertía.

La ví, contempléla ufano,  
Virgen del Rimac risueño;  
De ese mundo americano  
Lirio enhiesto, soberano,  
Paz del alma y su beleño.

Esbello el talle, elegante,  
Un cielo en cada sonrisa;  
Su aliento grato, fragante  
Deleita al céfiro errante,  
Perfuma la blanda brisa.

Por sus sienes virginales  
Irradia la inspiracion;  
Son sus miradas fanales,  
Y en sus límpidos cristales  
Se refleja la ilusion.

¡Oh! si el Estro me inspirara,  
¡Qué canto al viento daría!  
¡En vano mi voz se alzara,  
En vano el alma dictara:  
Mi acento se perdería!...

Rayo del sol peruano,  
Rosa del Carmen limeño;  
Bello tipo americano,  
Negros ojos, breve mano,  
Talle de oriental ensueño:

¿A qué ensalzar tu talento,  
Ni tus gracias y primor?  
De los bosques el acento,  
De las fuentes el concanto  
Te saludan con amor.

Las Fadas desde tu cuna  
Te trajeron alegría;  
Te envió sus besos la luna,  
Las estrellas una á una  
Te alumbraron á porfía.

Al comienzo de la vida,  
Triunfos obtienes do quier;  
La fortuna te convida  
Por una senda florida  
A seguirla con placer.

Yo que extático te admiro,  
Embargado el corazón,  
En tus miradas me inspiro,  
Por tus palabras suspiro,  
Musa de mi adoracion.

Triunfaste á orillas del Sena  
Como en itálico suelo;  
En Oriente, la agarena  
Tribu, de entusiasmo llena,  
Hurí te llamó del cielo.

Sigue alcanzando coronas  
Por tu talento y virtud,  
Ninfa del vasto Amazonas,  
Por tus gracias apasionas,  
Por tu apuesta juventud.

¡Vas á partir! ¡La ventura  
Te siga do quier bendita;  
Un ángel desde la altura  
Te conduzca con ternura  
Hasta tu madre, Rosita!

Que tu padre, que tu hermano,  
Que Leonora, bella blonda,  
Hallen propicia la onda;  
Que jamás el sol se esconda  
Para vosotros tirano.

¡Del Rimac en la ribera,  
No olvides al trovador  
Que te vió cruzar ligera  
Cual la esperanza primera,  
Como un ensueño de amor!

J. M. TORRES CAICEDO.

## Paseos arqueológicos.

I.

NEMOURS.

Preciosa residencia es Nemours. Una campiña fértil y risueña, sitios pintorescos, densas sombras, un río cuyas aguas cristalinas como las de una fuente, corren lentamente por un cauce de menuda arena, entre verdes márgenes, tal es el adorno de esa población mil veces deliciosa. Se comprende muy bien el entusiasmo del antiguo autor de la *Historia del Gastinois* (1630). Morin, tratando de probar que Nemours tenía ya mucha boga en la época galo-romana. Con gusto se representa uno los druidas celebrando sus misterios en medio de los bosques (*Nemora*) de las alturas contiguas al Loing, entre las rocas que afectan aun en el día formas de altares y de dolmens célticos...

Moreri, que no tiene el fanatismo de la arqueología y que tampoco es sensible á la bella arqueología, pretende en su *Diccionario histórico*, que la ciudad de Nemours no se fundó hasta el siglo XIII, cerca de un castillo feudal, cuyos señores se distinguieron por su ardor en las cruzadas. Uno de estos señores llamado Gualtero, era chambelan de Luis VII, á quien acompañó á la Tierra Santa. Luis VII trajo consigo á Francia dos monges agustinos encargados de excitar á los fieles á contribuir con sus ofrendas á la construcción de una iglesia que debía ser erigida en Sebaste en honor de San Juan Bautista, y Gualtero les decidió á que se detuvieran en su castillo y les hizo edificar una capilla donde depositaron un hueso del Precursor que habían traído. Los peregrinos, añade Moreri, acudieron en muchedumbre á venerar la preciosa reliquia, y « como el castillo de Gualtero, que era la única habitación que hubiese en Nemours, no era capaz para contenerlos, algunos particulares levantaron posadas en derredor de la capilla. Estas posadas se aumentaron tanto, y se hicieron tantas otras casas, que en po-

co tiempo Nemours vino á ser una población considerable, y aun en vida de Gualtero, Nemours adquirió fama. »

Gualtero no descuidó nada para que prosperase la obra que había fundado. Hizo construir un convento para los monges agustinos, convirtió su propia mansión en refugio de peregrinos, confiando su dirección á hermanos hospitalarios de San Juan de Jerusalem, rodeó con murallas la naciente ciudad y construyó otro castillo mas en relación con la importancia de su dominio.

Luis VII completó las liberalidades de su chambelan, dió al convento veinte libras de renta sobre los bienes patrimoniales de Château-Landon, y fundó en honor de San Juan una iglesia que dotó ricamente (1160). Felipe Augusto, ratificó en 1189 las donaciones que había hecho su padre.

En 1230, Felipe II de Nemours, chambelan de San Luis, estableció en el arrabal de San Pedro una comunidad de benedictinos, que tomó el nombre de abadía de la Joye, porque allí la reina Blanca encontró á su hijo que volvía de la cruzada.

En tanto que los establecimientos religiosos de Nemours crecían y se multiplicaban, los señores se arruinaban á fuerza de liberalidades; y en 1276 tuvieron que vender su castellanía al rey de Francia.

Felipe el Hermoso estuvo en Nemours en 1289 y en 1308 y dió á la abadía de la Joye grandes muestras de su munificencia. En 1333, Felipe de Valois hizo encerrar en el castillo á los hijos de su cuñado Roberto de Artois. En 1404, Carlos VI erigió el señorío de Nemours en ducado en favor de Carlos III, rey de Navarra, ducado que pasó despues á los Armagnacs, fué dado por Luis XII á Gaston de Foix, por Francisco I á la casa de Saboya, y finalmente, por Luis XIV á su hermano Felipe de Orleans, cuya familia le conservó hasta la abolición de los privilegios feudales.

Luis Felipe resucitó el título de duque de Nemours en favor de uno de sus hijos.

Completemos estos datos históricos recordando que en Nemours se firmaron dos tratados, el uno por Enrique II y el otro por Catalina de Médicis, con los príncipes de Lorena, jefes de la Liga.

La guerra produjo en Nemours grandes desastres. Incendiada esta ciudad por Felipe de Navarra en 1351, tomada por los ingleses en 1436, cañoneada durante veinte y cuatro horas por los aliados en 1814, ha sido ocupada en 1870 por los alemanes, que quemaron la estación del ferro-carril y algunas casas.

De los numerosos edificios religiosos y hospitalarios que se elevaron en Nemours en la época feudal, solo quedan la iglesia y el castillo.

La iglesia, comenzada en 1160, se ensanchó y modificó en los siglos XV, XVI y XVII. El exterior no ofrece nada notable. Una alta torre cuadrada la sirve de frontispicio, y en su base presenta tres arcos de ogiva que dan acceso á un pórtico; el campanario es muy alto. En el interior se ven tres naves. La central es bastante espaciosa; á la entrada del coro, en uno de los pilares, hay una inscripción conmemorativa del tránsito de Pio VII por Nemours.

El altar mayor está adornado con una *Pietà* de bronce, obra de un artista de Nemours; y en el coro se ven antiguas vidrieras que han sido restauradas, con pinturas de mérito, como la de la *Traslacion de las reliquias de San Juan*. Tres capillas se abren en el fondo del crucero, y la del centro, que es la mayor, está consagrada á la Virgen.

Detrás de la iglesia, un puente de piedra que inauguró Pio VII, conduce á un arrabal que se prolonga á la orilla del agua á la falda de cuevas plantadas de viñedos.

El Loing es bastante ancho en este sitio y el aspecto de sus márgenes no puede ser mas pintoresco.

Por una parte hermosas sombras, sauces llorones cuyos ramajes se inclinan sobre el agua, por la otra fábricas de curtidos, con paredes rojizas, molinos, casas rústicas; aquí y acullá lavanderas que trabajan y charlan, muchachos que juegan, caballos que beben, pescadores con caña...

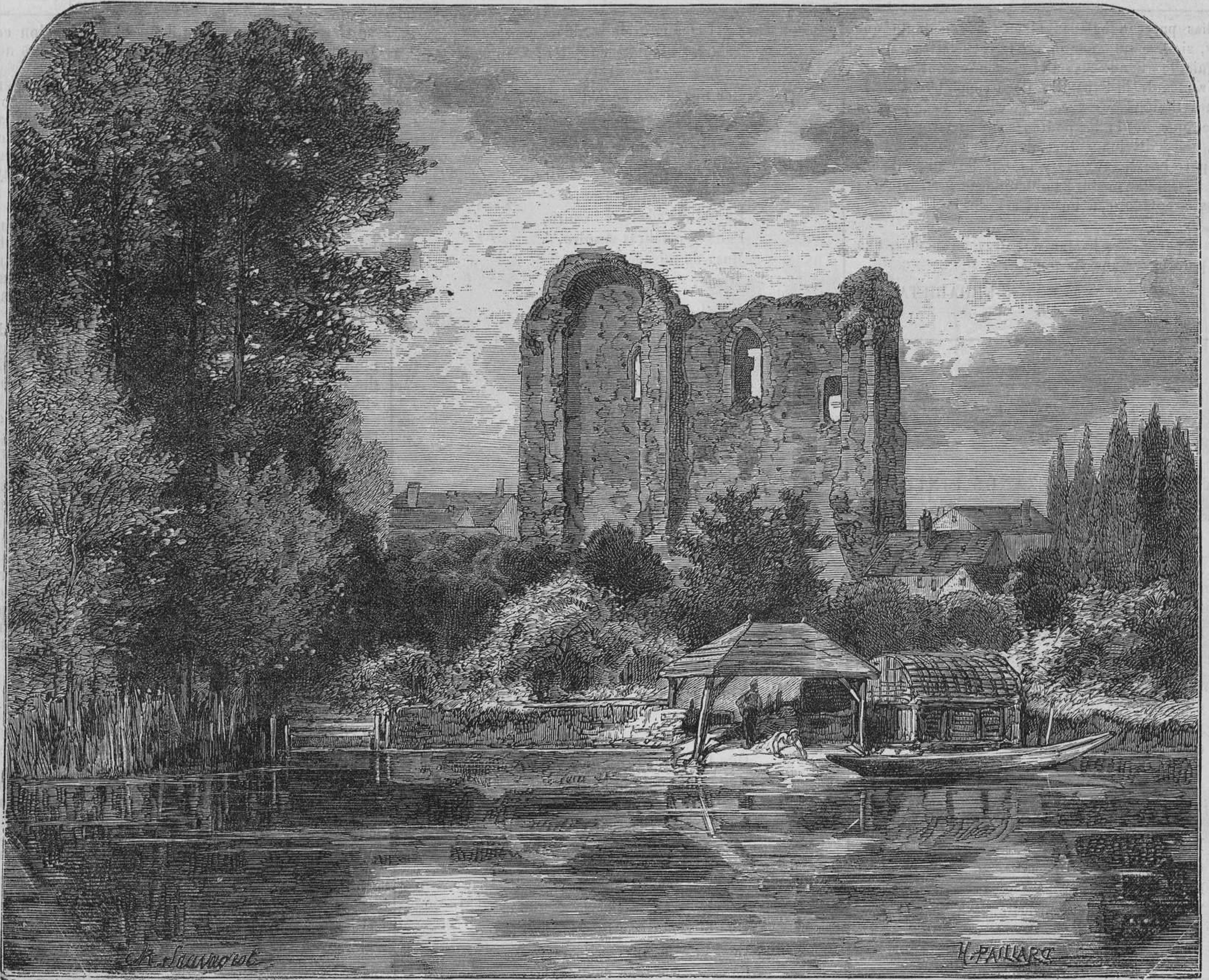
Por esta parte nuestro dibujante copió la vista general de Nemours que acompaña á este artículo.

El castillo ofrece por aquí su aspecto mas completo y pintoresco.

Compónese de un cuerpo de construcción, casi tan alto como ancho, flanqueado á cada ángulo con una torre. Por el lado del Norte á la derecha, se ve un ala que conduce á un torreón cuadrado, y mas á la derecha asoma por entre los árboles el campanario de San Juan.

Para visitar el antiguo castillo de los señores de Nemours, hay que volver á pasar el puente, atravesar la plaza de San Juan y seguir la calle del Château, la mas comercial de la ciudad.

En esa calle se encuentra incrustado en las casas particulares un arco monumental que precede al pa-



PASEOS ARQUEOLÓGICOS. — Gretz (Sena y Marne) : el castillo llamado de la Reina Blanca.

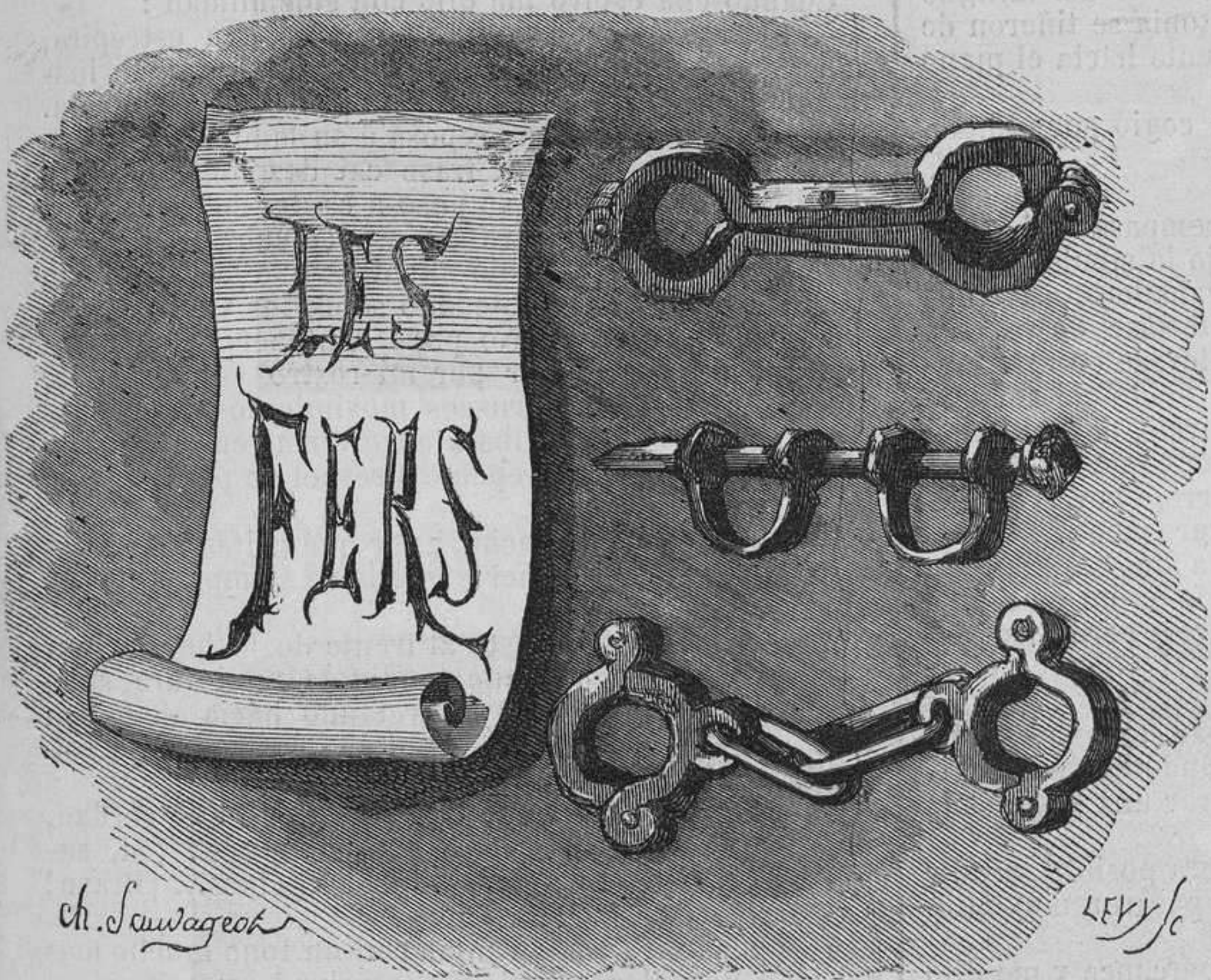


PASEOS ARQUEOLÓGICOS. — El Molino.



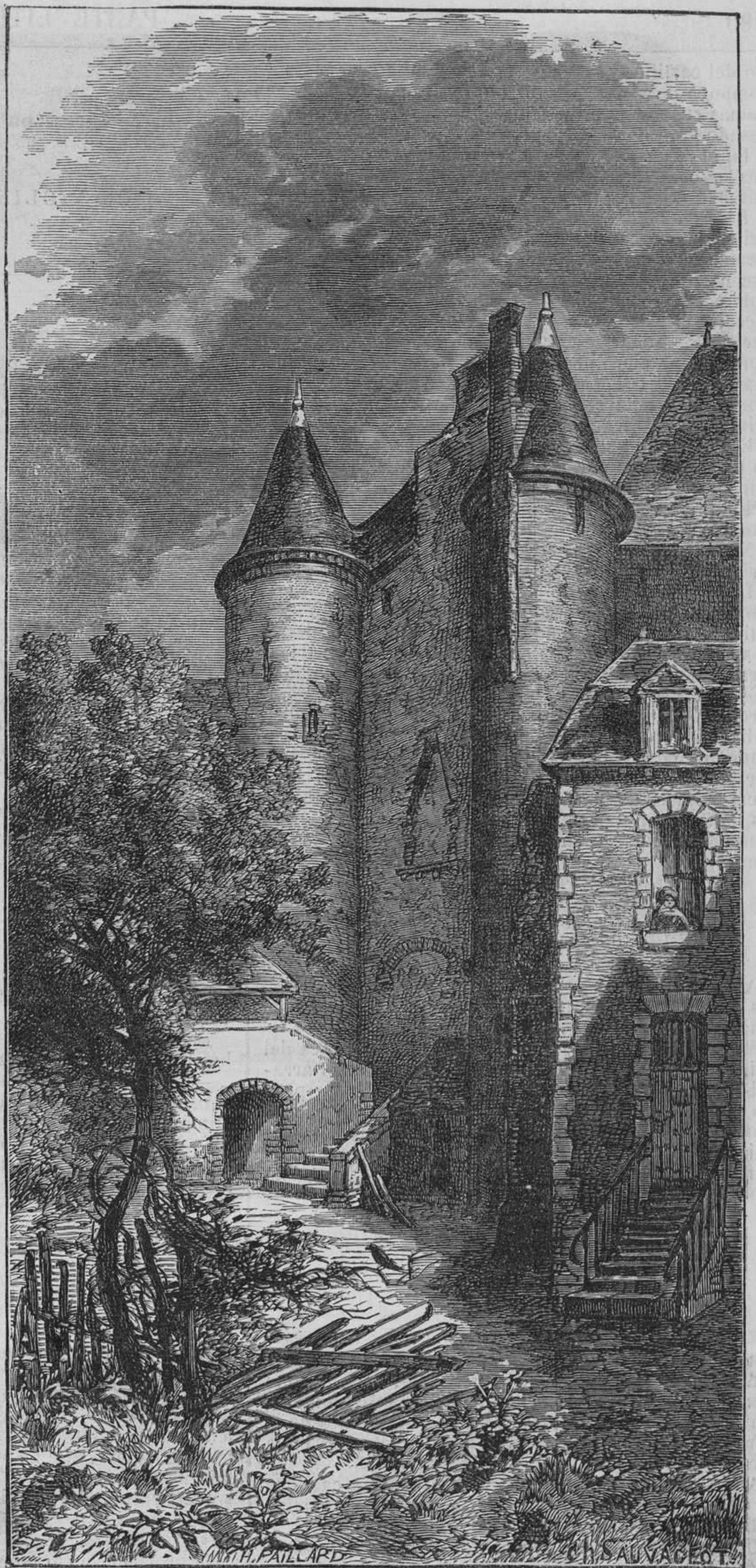


Puerta principal, patio del castillo.



Ch. Sauvageot

LEVY



Patio interior de la cárcel.



PASEOS ARQUEOLÓGICOS. — NEMOURS. — Vista general del castillo.



Entrada del calabozo.

tio del castillo, y se construyó en 1674: su ornato se compone de pilastras y de un fronton triangular con Farnas sosteniendo un escudo, todo ello de un estilo pesado y de una ejecución muy inferior.

En el fondo del patio, una escalera de unas treinta gradas conduce al peristilo del castillo, en el cual ejecutaban á los reos de muerte.

La sala baja sirve hoy de sala de baile, y el piso principal se ha transformado en teatro. ¡Qué teatro! Se necesitaría la pluma de Scarron para describir el escenario que amenaza ruina, las decoraciones que se columpian, los palcos y las galerías de tablas para los ricos, y el patio oscuro con sus bancos cojos. El que recoge los billetes se acomoda en el hueco de una tronera. Un precioso oratorio del siglo XIII, sirve de almacén teatral; las actrices se visten en una torre del Norte, y los actores en una galería exornada de inscripciones exóticas.

El torreón adonde conduce esta galería, ha perdido su plataforma, y por consiguiente, se encuentra al aire libre. Por una escalerilla de caracol se llega á lo alto del edificio, desde cuyo punto se distingue un bello panorama.

No es posible salir del castillo de Nemours sin haber visitado la cárcel y los calabozos.

La cárcel, que sirve de asilo provisional á los vagabundos, tiene unas paredes de un grueso enorme, y la salida está defendida por puertas cubiertas de hierro. Los calabozos (*oubliettes*) ocupan la base de una de las torrecillas. Un suelo añadido disimula su profundidad que parece ser muy grande. Durante la guerra ocultaron en ese sitio tenebroso los archivos de la ciudad y diversos objetos de valor. Según se ve, las precauciones no faltaban en el castillo, como puede juzgarse por los hierros que copió nuestro dibujante. Esos hierros ingeniosamente dispuestos y que aplicaban á las muñecas y á las piernas, están en un granero y merecerían figurar en las curiosidades del museo de Cluny.

\*  
\*\*

A corta distancia del castillo se encuentran los restos de la capilla señorial, convertida en depósito de vinos.

Más allá se atraviesa un canal que se destaca del Loing y que ciñe toda la ciudad. Luego está el arrabal de San Pedro, cuya iglesia es muy antigua; pero sin mucho carácter arquitectónico. Geffroy, el ilustre cómico, y M. Bayard, uno de los propagadores más inteligentes de la fotografía, habitan ese arrabal que tiene muy cerca el pintoresco paseo de Rochers, una miniatura de los Grès de Fontainebleau.

## II.

Gretz, pequeña aldea del departamento de Sena y Marne, se encuentra en la línea férrea de Mulhouse.

Al salir de la selva de Armainvilliers, este camino forma una bifurcación, y un nuevo ramal conduce á Coulommiers. Justamente entre los dos ramales de la bifurcación, casi en su punto de contacto, se halla Gretz.

A dos pasos está Tournan, célebre por sus castillos de Combreux, recientemente restaurado, de Armainvilliers, afamado como su parque, y de Vignolles.

Un río pasa por Tournan, el Marsange; que nace en la selva de Crecy, cerca de Neufmontiers. Después de haber atravesado Favieres y Tournan, deja á Gretz á la derecha, cerca de Preoles, y se precipita en un golfo, un poco más abajo de la rueda del molino de Villegenard.

No es el único río de este departamento que desaparece del mismo modo.

Todas esas aguas que se pierden así, van á formar en bonitos valles, hermosas fuentes, como las del Duretín y la Voulzie, cantada por Hegesipo Moreau, y la de Villemeneu, á proximidad de Brie-Comte-Robert.

El molino de Villegenard, á cuyo lado se hunde el Marsange, no es la única curiosidad de Gretz y de sus cercanías. Como en muchas localidades del departamento de Sena y Marne, el arqueólogo puede hallar aquí algunos interesantes asuntos de estudio.

El más curioso es la ruina de un castillo que remonta al siglo XII, y del que no quedan más que algunos trozos de muros cubiertos de musgo y desmantelados que son una amenaza para los habitantes del contorno.

Es el *Castillo de la Reina Blanca*. Tal es el nombre con que se designan esas ruinas. Sabido es que este nombre abunda en Francia, y muchos castillos le llevan por la razón de que fueron habitados por viudas de reyes. Casi en todas partes los vestidos negros son la señal del luto; los reyes franceses llevaban vestidos violeta y el color blanco se reservaba al luto de las reinas. De aquí su nombre de *Reinas blancas*, que dejaron á los castillos.

M. C.

## Cuentos de Hoffmann.

## EL VIOLIN DE CREMONA.

(Continuación. — Véase el número 1,032).

Sin embargo, yo no renunciaba á mi propósito, y los obstáculos que el consejero oponía á mi solicitud, no hacían más que avivar mis deseos. Yo quería oír cantar á Antonia para no perderme en los sueños que me daban una vaga idea de ese canto.

Una noche Crespel estaba de muy buen humor. Acababa de desmontar un violín de Cremona y descubrió que la tabla armónica de este violín estaba media línea más inclinada que las de los demás. ¡Qué precioso descubrimiento para la práctica! Conseguí además exaltarle completamente hablándole del modo de tocar el violín, añadiendo, al discurrir sobre el método de los grandes cantores, una crítica del nuevo método de canto, que consistía en formarse por los efectos artificiales del instrumento.

— ¿Qué cosa hay más absurda, exclamé saltando de mi silla y abriendo de golpe el piano, que esta manera monótona de producir sonidos uno á uno?

Entonces me puse á cantar algunas composiciones nuevas mezcladas con malos acordes.

Crespel se echó á reír á carcajadas, exclamando:

— ¡Ah, ah! me parece que estoy oyendo á nuestros alemanes italianizados ó á nuestros italianos germanizados cantando música de Pouchita ó de Portogallo ó trozos de un maestro de capilla.

— Ahora, pensé, llegó la mía.

Y volviéndome hácia Antonia, le dije:

— Estoy seguro, señorita, de que vos no conocéis ese pobre método.

Y entoné un aire lleno de expresión del antiguo Leonardo-Leo. Las mejillas de Antonia se tiñeron de un vivo carmin; adelantóse vivamente hácia el piano y entreabrió sus labios.

En el mismo instante Crespel me cogió por el hombro, diciéndome con voz agitada:

— ¡Muchacho! ¡muchacho!

Después el consejero con tono acompasado, haciéndome un respetuoso saludo, me dijo lo siguiente:

— Faltaría sin duda, dignísimo caballero, á los miramientos de la cortesía, si manifestase en voz alta mi deseo de que el diablo se os llevase en este momento entre sus garras de fuego al fondo del abismo. Pero sin necesidad de esto confesareis, querido mío, que la noche está muy oscura, y que como los faroles están apagados, aunque yo no os arroje por la ventana, os costará mucho trabajo llegar sano y salvo al pie de la escalera. Tomad pues esta luz, salid en paz de mi casa y no olvideis que tenéis en mi un amigo leal y apasionado, si bien no debéis permitiros jamás, jamás, ¿lo habeis entendido? el volver á pisar estos umbrales.

Dichas estas palabras, me abrazó arrastrándose lentamente hácia la puerta y sujetándose de tal manera la cabeza, que no pude encontrar una sola vez la mirada de Antonia.

Confesareis que en mi lugar no era posible sacudir al consejero, á pesar de que se me pasaron muy buenas ganas de hacerlo.

El profesor se rió mucho de mi percañe y me dijo lo que ya yo sabía, esto es, que habían acabado para siempre mis relaciones con el consejero.

Antonia era para mí una criatura demasiado buena y demasiado respetable para que yo me resolviese á ir á hacer el cadete ó el enamorado español al pie de su ventana.

Abandoné, pues, la ciudad de H... lleno de amargura: la imagen de Antonia se me aparecía rodeada de una especie de auréola, y su canto, que yo no había oído jamás, resonaba en mi corazón como un eco consolador.

## IV.

Hallábame hácia dos años en B... cuando emprendí un viaje hácia el Mediodía de Alemania. Una tarde vi dibujarse sobre la púrpura del crepúsculo las torres de H... y á medida que me aproximaba á esta ciudad sentí que una ansiedad inexplicable me dominaba, parecía que una plancha de plomo abrumaba mi pecho, y medio sofocado me bajé del carruaje para respirar con más libertad. Muy luego este abatimiento moral se convirtió en un dolor físico, y me pareció oír resonar en los aires los ecos de un canto solemne. Los sonidos se fueron haciendo cada vez más perceptibles, y concluí por último por distinguir claramente las voces de varios hombres que entonaban un canto religioso.

— ¿Qué es eso, qué es eso? exclamé con indecible dolor.

— ¿No lo veis? me respondió el postillon; que enterran á uno en ese cementerio.

En efecto, nos acercamos y vimos á un grupo de hombres enlutados rodeando una huesa que se iba á

cubrir de tierra. Las lágrimas saltaron de mis ojos, pues me pareció que iban á sepultarse allí todas mis esperanzas, todas las alegrías de mi vida. Yo me hallaba al pie de la colina por la cual no podía ver distintamente lo que pasaba en el cementerio.

Cesó el canto, y varios hombres tristes salieron de aquel sagrado recinto. El profesor, sin notarlo, pasó cerca de mí con su sobrina, la cual enjugaba sus abundantes lágrimas y sollozaba amargamente. Ya me fué imposible entrar en la ciudad. Envié á mi criado con el carruaje á la posada, y empecé á recorrer aquellos lugares tan conocidos para mí, procurando repormerme de una emoción nacida acaso del cansancio del viaje ó de cualquiera otra causa física.

Al entrar en una alameda que conducía á un jardín público, fui testigo de un espectáculo singular.

El consejero Crespel era conducido por dos hombres enlutados, y bregaba y forcejaba por desasirse de ellos: vestía su acostumbrado traje gris. De su sombrero de tres picos, colocado con aire marcial sobre la oreja, caía un largo crespon flotante; llevaba un cinturón negro al lado, en el que había puesto un arco de violín á manera de espada. Un frío glacial estremeció todo mi cuerpo.

— Está loco, exclamé; y le seguí lentamente.

Los que le acompañaban le condujeron á su casa, y él los abrazó riéndose á carcajadas.

Luego que se hubieron separado de él, fijó sobre mí sus ojos, observóme atentamente, y exclamó con voz ronca:

— ¡Bien venido, señor estudiante! Comprenderéis sin duda...

Al decir estas palabras, me cogió por un brazo y me hizo subir á la estancia donde se hallaban colgados todos sus violines, cubiertos entonces con un velo negro. Pero el magnífico violín de Cremona había sido reemplazado por una corona de ciprés.

Adiviné al punto lo que había sucedido.

— ¡Antonia! ¡Antonia! murmuré con profundo dolor.

El consejero permaneció ante mí inmóvil y con los brazos cruzados, mientras le señalaba la corona de ciprés.

Cuando ella espiró me dijo con solemnidad:

— El arco de este violín se rompió con estrépito, saltando en mil pedazos su caja armónica. Este instrumento fiel no podía vivir sino con ella y por ella. Está pues en su tumba; reposa á su lado.

Al oír el final de esta frase caí desplomado sobre un sillón. El consejero se puso á cantar con voz ronca una canción alegre. Era un espectáculo horrible el verle dar saltos á pie cojo mientras que la gasa de su sombrero pasaba revoloteando sobre los violines suspendidos en la pared. No pude contener un grito de espanto al sentir pasar por mi rostro aquella gasa, efecto de uno de los bruscos movimientos del consejero: me pareció que iba á envolverme en el fúnebre velo de la locura. De repente Crespel se para delante de mí, y exclama:

— Muchacho, muchacho, ¿por qué gritas así? ¿Has visto el ángel de la muerte? Se le ve siempre antes de la ceremonia.

Adelantóse al decir esto al frente de la habitación, tomó el arco de violín que pendía de su cintura, colocóselo sobre la cabeza, y apretando hácia abajo con cada una de sus manos, lo rompió; después dijo soltando una carcajada:

— Ya la varita se ha roto sobre mí. ¿No es verdad, pues, que yo soy libre desde este momento? ¡Sí, salud á la libertad! Ya no haré más violines... ¡Bravo! ya no volveré á hacer violines.

Y se puso otra vez á cantar con un tono mucho más terrible una alegre melodía, corriendo y saltando á pie cojo por la sala.

Horrorizado de esta escena traté de huir, pero Crespel me sujetó con mano firme, diciéndome con calma:

— Quedaos, señor estudiante; no atribuyais á locura esta explosión de un dolor que me mata. Todo esto me ha sucedido porque yo me he mandado hacer una bata que debía prestarme la apariencia del destino ó de Dios.

Y por este estilo continuó diciendo una multitud de extravagancias, hasta que al fin cayó sin fuerzas.

Llamé á su vieja ama de gobierno, alegrándome por fin de poder alejarme de aquel sitio.

Creí firmemente que Crespel se había vuelto loco; el profesor me sostuvo sin embargo lo contrario.

— Hay ciertos hombres, me dijo, á quienes la naturaleza ó algún acontecimiento particular despoja de ese velo, bajo el cual nosotros cometemos mil locuras sin ser notadas de nadie. Son como esos insectos, cubiertos de una piel trasparente que permite ver todo el juego de sus músculos. Todo lo que en nosotros existe en estado de pensamiento, se traduce en acción en Crespel por medio de sus contorsiones y bailes extravagantes; expresa su amarga ironía hácia la suerte que se ha burlado frecuentemente de él en este mundo. Lo que viene de la tierra él sabrá devolverlo á la tierra, lo que es de origen celeste él sabrá conservarlo; porque á pesar de esta estrepitosa locura ha conservado el sentimiento de sí mismo.

La súbita muerte de Antonia ha debido anonadarme: sin embargo, estoy seguro de que mañana volverá de nuevo á adoptar sus antiguas costumbres.

Con efecto, todo ocurrió como el profesor lo había previsto. El consejero se presentó al día siguiente lo mismo que antes; únicamente declaró que no volvería jamás á construir ningún violín, ni á tocarlo.

Después he averiguado que había cumplido su palabra.

V.

Lo que me había dicho el profesor aumentó las sospechas que me habían hecho concebir las relaciones de Antonia con el consejero, llegando hasta a imaginar que la muerte de aquella debía pesar sobre la conciencia de Crespel. Yo no quería abandonar á H... sin haberle echado en cara el crimen de que se suponía culpable. Descaba penetrar hasta el fondo de su corazón y obligarle á que me confesase su atentado. Cuanto más pensaba en ese asunto, más evidente me parecía que Crespel debía ser un malvado y más ardiente colorido tomaba el discurso con que pensaba increparme, llegando á convertirse por último en una obra maestra de elocuencia.

Preparado de este modo con mi arenga muy bien estudiada y exaltada mi imaginación, corrí á casa del consejero, al que encontré ocupado en tornear con la mayor tranquilidad una colección de juguetes.

— ¡Cómo! exclamé con violencia. ¿Cómo podeis gozar de un momento de paz, cuando debía atormentaros sin cesar el recuerdo de una acción horrible?

— ¿Qué queréis decirme, buen amigo? Sentaos, tened la bondad de sentaros.

Me fui acalorando cada vez más: le acusé de la muerte de Antonia, y le amenacé con la venganza del cielo. Lleno de orgullo con mi nuevo carácter de hombre justiciero, llegué hasta á asegurarme de que desplegaría todos mis recursos para seguir las huellas de su crimen y entregarle á los tribunales.

Encontréme sumamente embarazado, cuando al fin de mi pomposa arenga el consejero me miró tranquilamente esperando que continuara. Probé hacerlo, pero todo lo que expresé me pareció tan confuso y tan fuera del caso que no me atreví á seguir.

Crespel se gozaba con mi confusión; una sonrisa irónica y maligna vagaba por sus labios; pero cambiando de repente, se puso serio y me dijo con tono imponente:

— Muchacho, puedes mirarme como á un loco, como á un extravagante, te lo perdono, pues estamos ambos encerrados en la casa de locos; y tú me miras de mal ojo porque yo me creo ser Dios padre y tú te consideras como Dios hijo. ¿Pero cómo te atreves á querer sondear hasta los pliegues secretos de una existencia que debe ser desconocida? Antonia no existe, y el misterio ha concluido.

Púsose en pie y atravesó el cuarto á lo largo, miróme de hito en hito, toméme por la mano y me llevó junto á la ventana, abriendo las dos puertas; apoyóse sobre el alfeizar con los ojos fijos en el jardín, y me contó la historia de su vida.

Cuando concluyó, me separé de él conmovido y avergonzado.

Hé aquí la historia de Antonia en pocas palabras.

Como unos veinte años antes de la época en que estoy hablando, el consejero, en busca de los mejores violines de los artifices antiguos, fué á parar á Italia. Entonces aun no construía estos instrumentos y no había pasado por su mente la idea de desarmarlos. En Venecia oyó á la célebre cantatriz Angela, que estaba haciendo furor en el teatro de San Benito con los primeros papeles, y sintió un entusiasmo, hijo no solamente del talento, sino de la belleza de la *donna*. Trató de entablar relaciones con ella, y á pesar de la rudeza de sus modales consiguió él con la expresión de su manera de tocar el violín captarse el afecto de la joven cantante, con quien contrajo matrimonio algunas semanas después, lo cual debía quedar reservado, porque Angela no quería dejar el teatro ni cambiar su nombre, ya célebre, por el poco armonioso de Crespel.

El consejero me describió con una ironía completa todos los tormentos que la señora Angela le había hecho sufrir desde el día en que le dió su mano.

— Todos los caprichos y rarezas de todas las *primas donnas* reunidas, dijo Crespel, se habían juntado en el cuerpecito de Angela.

Si alguna vez se le ocurría un deseo, al instante Angela le asediaba con una legión de abates, de maestros y académicos, que ignorando sus derechos conyugales le trataban como al amante más grosero é insoportable.

Una vez, después de esos ataques borrascosos, Crespel se refugió en la casa de campo de Angela y olvidó los padecimientos del día tocando varias fantasías en su violín de Cremona. A los pocos momentos se presentó la *donna* que en aquel punto mismo se hallaba dominada por un capricho de ternura, abrazó al consejero, y dirigiéndole lánguidas miradas descansó su cabeza sobre los hombros del consejero. Este, embobado por el torrente armonioso de sus acordes, continuó tocando con ardor, y por casualidad rozó ligeramente á su mujer con la punta de su arco; esta se echó furiosa sobre él.

— ¡Bestia tedesca! exclamó.

Y arrancándole el violín de las manos, lo hizo astillas contra una mesa de mármol.

El consejero se quedó petrificado, y despertando como de un letargo, se apoderó de la *donna*, y levantándola en alto la arrojó por la ventana, y sin cuidarse de los resultados se marchó á Alemania.

Algun tiempo después él no se atrevía á pensar en aquel rasgo de furor. Aunque sabía que la ventana no

tenía más que cinco pies de altura, y que había obedecido á un impulso irresistible para librarse de una manera tan ruda de la cólera de su mujer, se sintió agitado por una agonía secreta, que creció al acordarse de que la *donna* le había dado en aquellos días la esperanza de que sería padre.

No se atrevía á pedir noticias de su mujer, y se sorprendió agradablemente cuando á los ocho meses recibió una carta muy tierna de Angela, en la que, sin hablarle una palabra de lo ocurrido en la casa de campo, le anunciaba que había dado á luz una niña preciosa, rogando al *marito amato*, al *padre felicísimo*, que se presentase lo más pronto posible en Venecia. Crespel, antes de acceder á esa súplica, escribió á sus amigos, preguntándoles lo que había ocurrido después de su salida, y supo que la *donna* había caído sobre la yerba, ligera como un pájaro, y que este suceso había producido los más felices resultados.

La acción enérgica de Crespel había cambiado enteramente el carácter caprichoso de aquella joven, y desde aquel día nadie había observado en ella la menor de sus rarezas. El maestro que en aquel año había compuesto las piezas para el carnaval se consideraba el más feliz de los mortales, porque la *donna* consentía cantarlas todas sin obligarle á hacer las mil correcciones de costumbre.

El consejero, enternecido con tal transformación, mandó enganchar los caballos y montó en su coche: de improviso mandó parar, diciendo para sí:

— Podrá ser que mi presencia vuelva á Angela su carácter caprichoso y que me vea otra vez obligado á tirarla por la ventana.

Volvióse á su casa para escribir á su mujer una carta muy tierna, manifestando su gozo al saber que su hija tenía como él una señal detrás de la oreja. Juraba á su mujer que la amaba de todo corazón, pero que no podía salir de Alemania. La correspondencia siguió durante mucho tiempo por este estilo, volando de Venecia á H... y de H... á Venecia las protestas de amor, los ruegos, los deseos y las expresiones de sentimiento.

(Se continuará.)

### Incendio del Escorial.

El 2 de octubre ha habido en el Escorial un espantoso incendio. Hé aquí lo que dice una correspondencia escrita en los primeros momentos:

Hacia las nueve de la noche empezó á resolverse en furioso vendaval y copiosa lluvia, acompañada de estrepitosos truenos, una de esas tempestades que, más aquí que en cualquiera otra parte, ponen temor en el espíritu más fuerte. Oyóse á cosa de las diez un trueno más recio que los anteriores, brevemente precedido por la vivida luz de una exhalación que, yendo á herir en las techumbres del monasterio, fué la chispa que tan colosal hoguera había de levantar en breves minutos. A poco calmaba la tempestad, cesaba la lluvia y despejábse el cielo, quedando tranquila y serena la noche, en tanto que el quejumbroso y atiplado sonido de la campana de la parroquia y el majestuoso clamor del Favordon del convento parecían demandar con ansia un auxilio, tan difícil de obtener en las circunstancias actuales, para contener los progresos del elemento devastador, que en media hora había invadido todo el cubierto del ala izquierda interior del patio de los Reyes.

Corrióse por allí hacia la biblioteca, haciendo presa las llamas en toda la techumbre, y á las doce de la noche estaba convertido todo un ángulo del grandioso edificio en una inmensa hoguera. Progresivamente hundiéronse las cubiertas de todo el pórtico de la fachada principal, las de toda la parte que han ocupado el colegio y seminario, la torre de la Lucerna, de la que no quedan rastros, y la cúspide entera de la torre del Norte ó del colegio, corriéndose precipitadamente hacia palacio en ocasión en que, organizados un tanto los socorros y amainando un poco la brisa, que no más era el viento que corría por fortuna, se había podido practicar un corte por junto á los cortafuegos que tienen en el empizarrado las cortinas reales. Así ha quedado desmantelada toda la parte alta del edificio, desde la puerta del centro del ala del Norte hasta algo más allá de la puerta principal que da á Poniente.

Pálido sería cuanto en estos momentos pudiera decir para pintar á ustedes el aspecto que presentaba el monasterio, y las mil dolorosas impresiones que causaba en el ánimo. Acudieron allí desde los primeros momentos los carabineros, cuyo arrojo nunca podría elogiar bastante, la escasa fuerza de la Guardia civil en el sitio acantonada, siempre la misma en disciplina, heroísmo y valor, y cuyo capitán hizo verdaderos prodigios de energía y actividad, multiplicándose por do quiera y haciendo él solo por ciento.

La población acudió también, no con tanta diligencia y espontaneidad como fuera de esperar de un pueblo que todo se lo debe al monasterio; más de una vez vimos suplicar, otras amenazar á los hombres para conseguir que fuesen á sacar libros ó llevar agua;

mas al fin se encontraron algunos de buena voluntad que, creciendo en alientos ante el peligro, con frecuencia se les veía haciendo temeridades. A los esfuerzos de los dignísimos capellanes, tres ó cuatro, y especialmente al ilustrado bibliotecario, don José Montaña, ayudado de los señores Fuentes y Cordero, sus auxiliares en el cargo que desempeña, se debió el que en pocos minutos quedase desocupada toda la biblioteca de impresos, donde se custodian más de 20,000 libros, la mayor parte de ellos en folio y de gran peso, trasladándolos á la biblioteca de manuscritos, situada en el piso bajo del convento, por una estrechísima escalera interior de servicio, afortunadamente construída poco tiempo há.

Ya en esto había acudido más gente, y aunque careciendo de bombas á propósito y hasta de hachas y piquetas, que en escaso número se pudieron allegar, sobre la cubierta de palacio y al lado del segundo corta-fuegos que he mencionado, se practicaba con gran riesgo un corte completo para aislar el fuego, como así se logró con mucho tiempo y mucho trabajo. Los auxilios que se habían pedido á Madrid no empezaron á llegar hasta las cuatro y media de la madrugada, y las bombas hasta las seis y media; pero ya á aquella hora se habían consumido todas las cubiertas que he citado y gran parte de las habitaciones altas.

Contando ahora con más medios, es de esperar que se consiga extinguir ese inmenso brasero, del que se escapan aun enormes columnas de humo, y que el fuego no se propague por el interior.

Hasta aquí la correspondencia.

Afortunadamente el incendio pudo cortarse, y las desgracias no han sido tan grandes como se temía, según estas explicaciones que dió en el Senado el 4 de octubre el señor ministro de Hacienda:

« He llegado esta mañana del Escorial, donde he pasado la tarde y la noche de ayer, y he podido apreciar que, si bien es deplorable el siniestro, no será tan grave para las artes ni para el Erario como pudo temerse. Ha empezado en el patio llamado de los Reyes, propagándose de allí á la biblioteca; pero gracias á los esfuerzos de aquellos dignísimos habitantes, se han salvado todos los libros y códices famosos, que hoy se encuentran seguros y en lugar á propósito. Cundió después el fuego al Seminario, y han sido quemados los cuatro patios que ocupaban los padres escolapios.

Acaso peligró el techo famoso de la biblioteca, donde se admiraba uno de los mejores frescos de aquel suntuoso monumento; pero el señor ministro de Fomento, unido á los arquitectos, estaba tomando precauciones para que no sufra deterioro con las lluvias, pues ha quedado á descubierto.

En cuanto á las pérdidas, las he oído calcular por algunos arquitectos en cuatro millones de reales, creyendo otros que no pasarían de dos millones.

Por último, se ha extinguido el incendio de dos á tres de la mañana, gracias al singular esfuerzo de los habitantes, hombres, mujeres y niños, y al apoyo de todas las personas que han acudido, sin que haya que lamentar la pérdida de ninguna de las riquezas artísticas y de los antiguos códices que en aquel edificio se conservaban.»

— El monasterio del Escorial, monumento erigido á expensas de Felipe II en memoria de la batalla de San Quintín, y consagrado á San Lorenzo por ser en su día, 10 de agosto de 1557, cuando se ganó la batalla, se empezó á construir en 23 de abril de 1563, colocando la primera piedra el famoso arquitecto y escultor Juan Bautista de Toledo.

Siete incendios, incluyendo el que acaba de ocurrir últimamente, ha sufrido desde su fundación el monasterio del Escorial en las fechas siguientes:

21 de julio de 1577.—Una exhalación en la torre llamada la Botica y en la sacristía.

3 de setiembre de 1590.—Un rayo en la torre de las campanas, y entrando por el balcón de la derecha, frontero al que solía ocupar el rey, cruzó el coro, hallándose los monges en completas. Causó poco daño.

7 de junio de 1671.—Un incendio sin causa conocida. Al desembarazarse las habitaciones y los claustros se sacaron 1,500 quintales de plomo y más de 2,000 de metal de las campanas derretidas. La recomposición pasó de nueve millones.

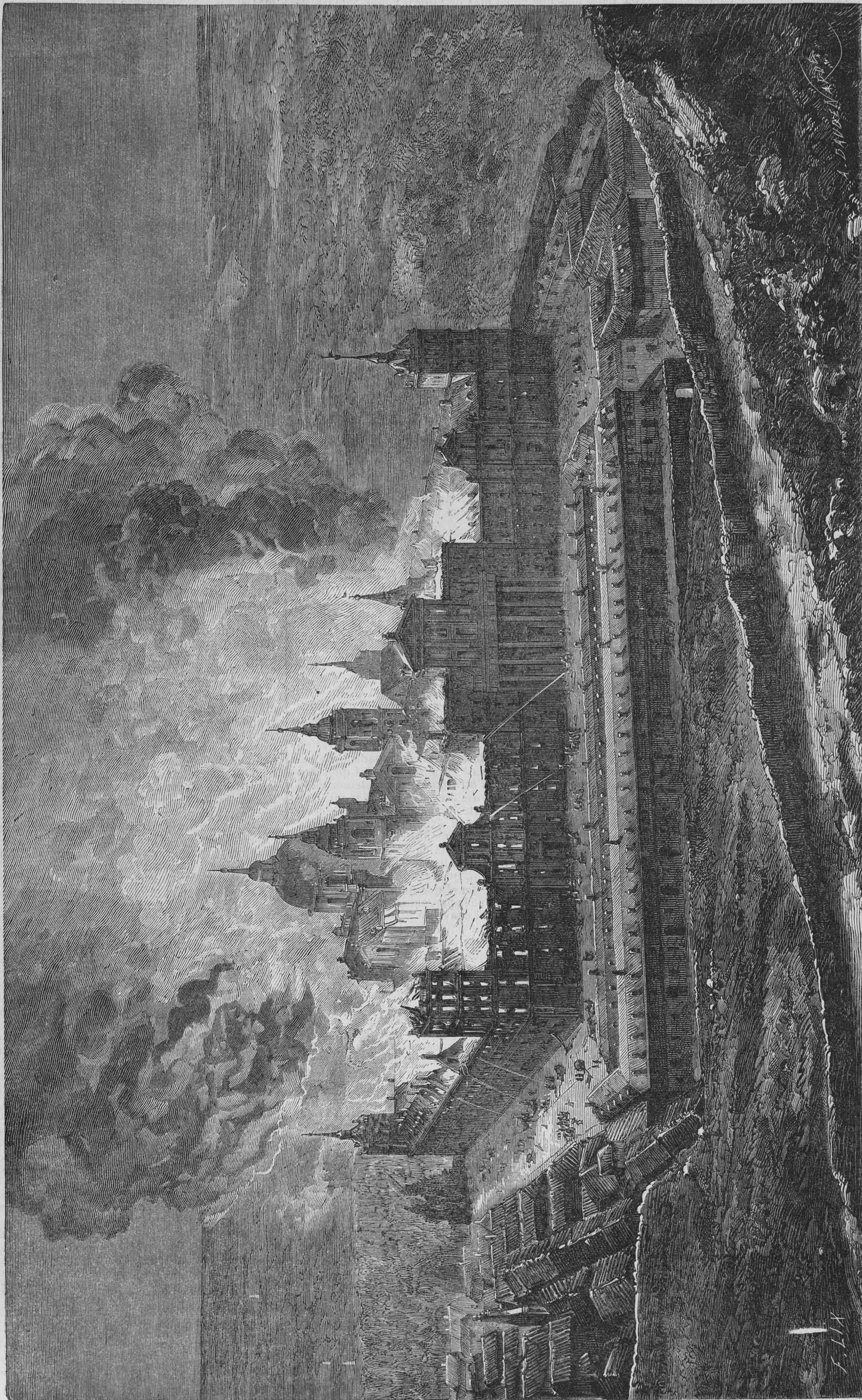
1º de setiembre de 1741.—Un rayo incendió el edificio de la Campana, ardiendo los cuatro lienzos del patio. Además del daño causado en el edificio, enseres y muebles del hospital, enfermería, panadería, tahona, trojes y fábrica de paños, se quemaron 3,000 fanegas de harina, 10,000 de trigo, 3,000 de cebada, 800 de centeno y 120 de garbanzos.

8 de octubre de 1763.—Incendio por descuido de una planchadora de palacio. Ardieron los empizarrados del Norte, y se comunicó á un almacén de velas y hachones que estaba en el piso alto. La reparación costó solamente 450,000 rs.

En 1826.—Un incendio duró diez y ocho horas y consumió todo el lienzo desde la torre de Damas hasta cerca de la iglesia, y con ellos la torre y órgano de campanas.

El rey Amadeo costea de sus fondos particulares la reparación del monasterio del Escorial.

X.



ESPAÑA. — Incendio del Escorial en la noche del 2 de octubre de 1872.



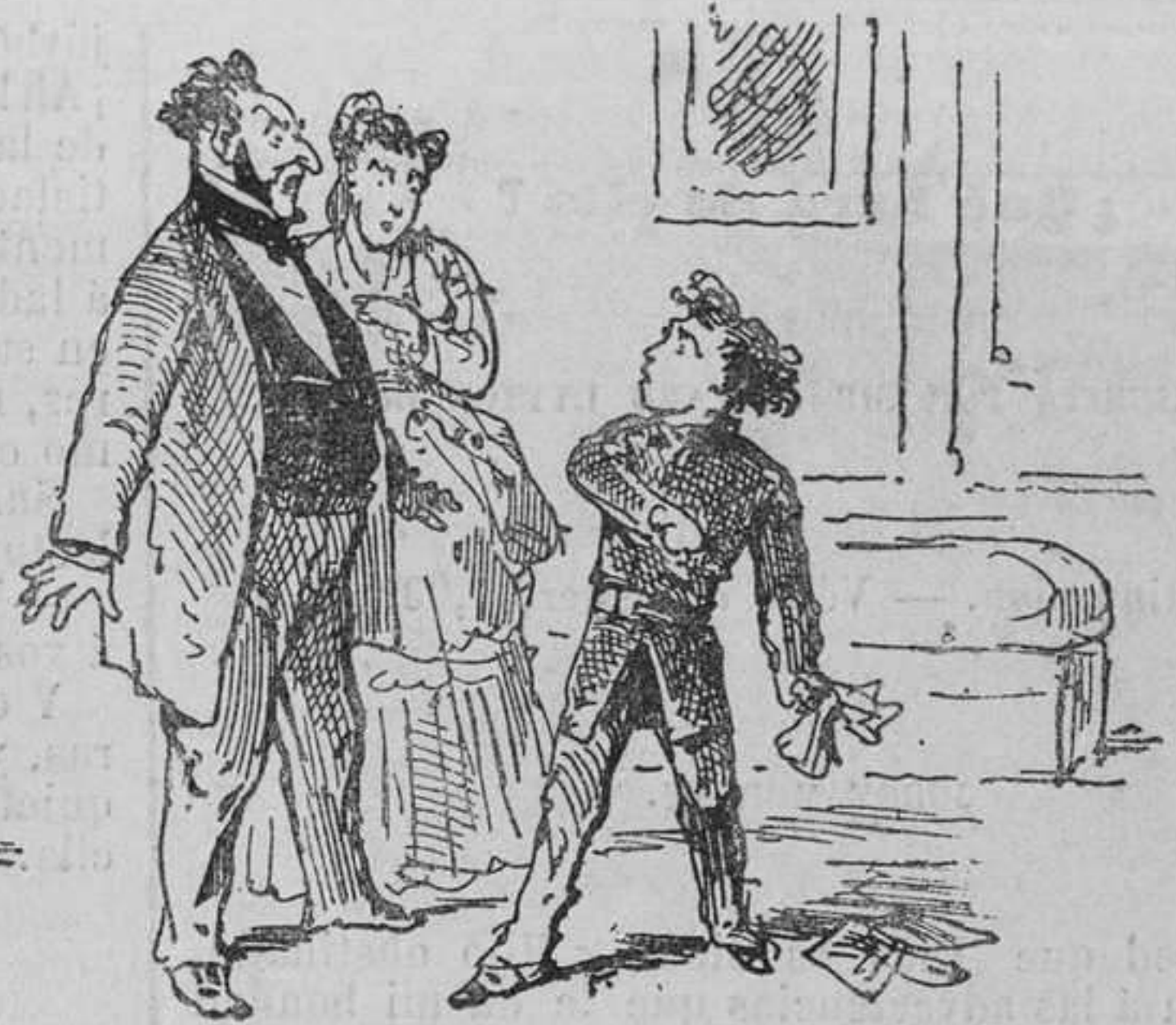
La entrada en los colegios.

— Amiguitos, abolidas las lecciones y los maestros elegidos por el sufragio universal de los ciudadanos-alumnos. Tal es mi profesion de fe.



La entrada en los colegios.

— ¡Ah! ¿con que tú pasas el tiempo holgazaneando y divirtiéndote, y quieres que vaya yo a la escuela obligatoria? Te equivocas, me burlo de ti y de tu escuela.



La entrada en los colegios.

— La libertad es la libertad, yo así lo entiendo; y si crees que voy a volver a encerrarme en el colegio, te llevas un chasco solemne.

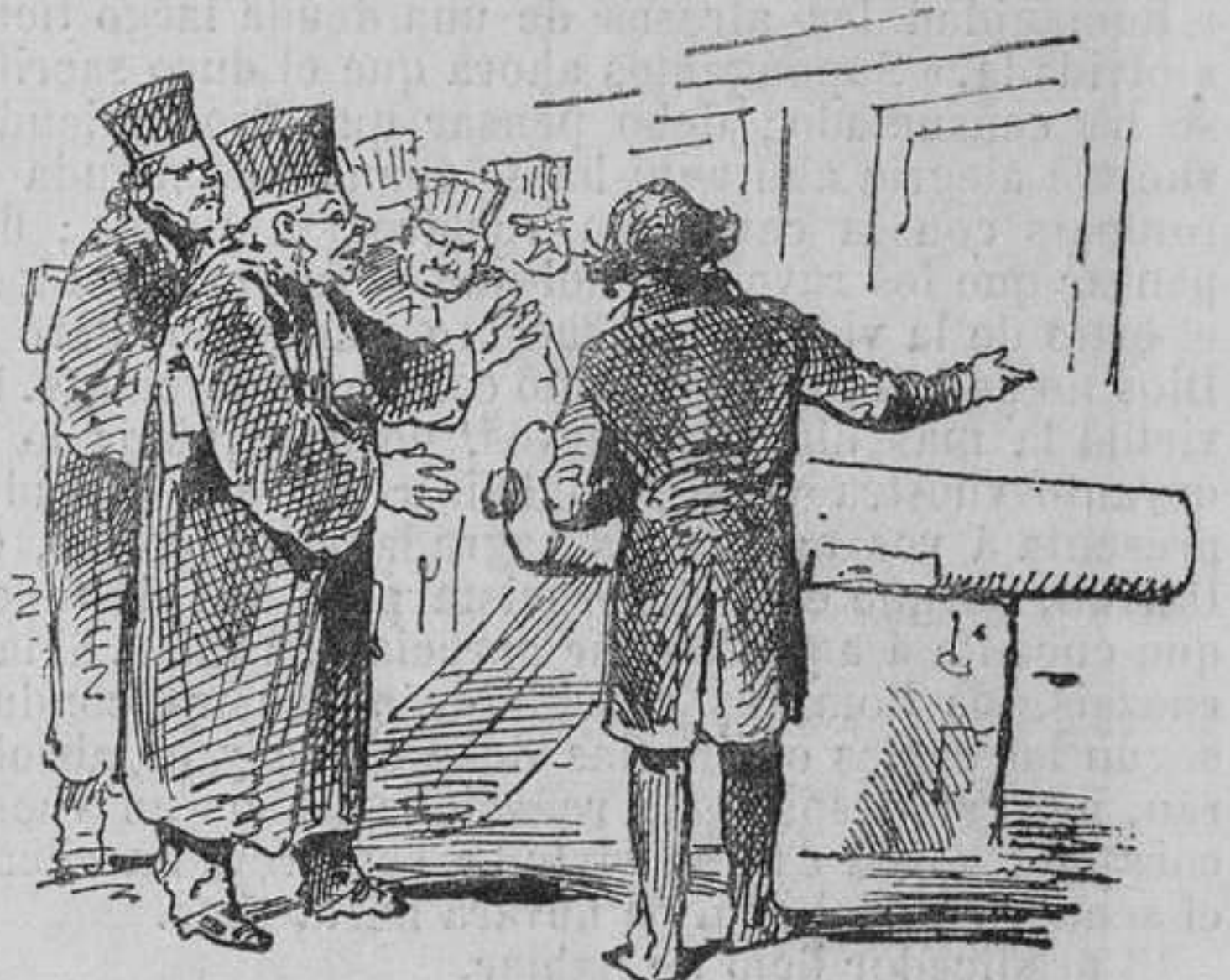


— ¿Qué es eso? ¿Peregrinaciones al Monte Blanco! Son reaccionarios, ¡fuera con ellos! El Monte Blanco tiene que cambiar de nombre y llamarse el Monte Rojo, para que tenga nuestras simpatías.



La entrada en los colegios.

— ¿Decís que ese es un buen ministro? Es como yo; aborrece los temas.



La entrada en los colegios.

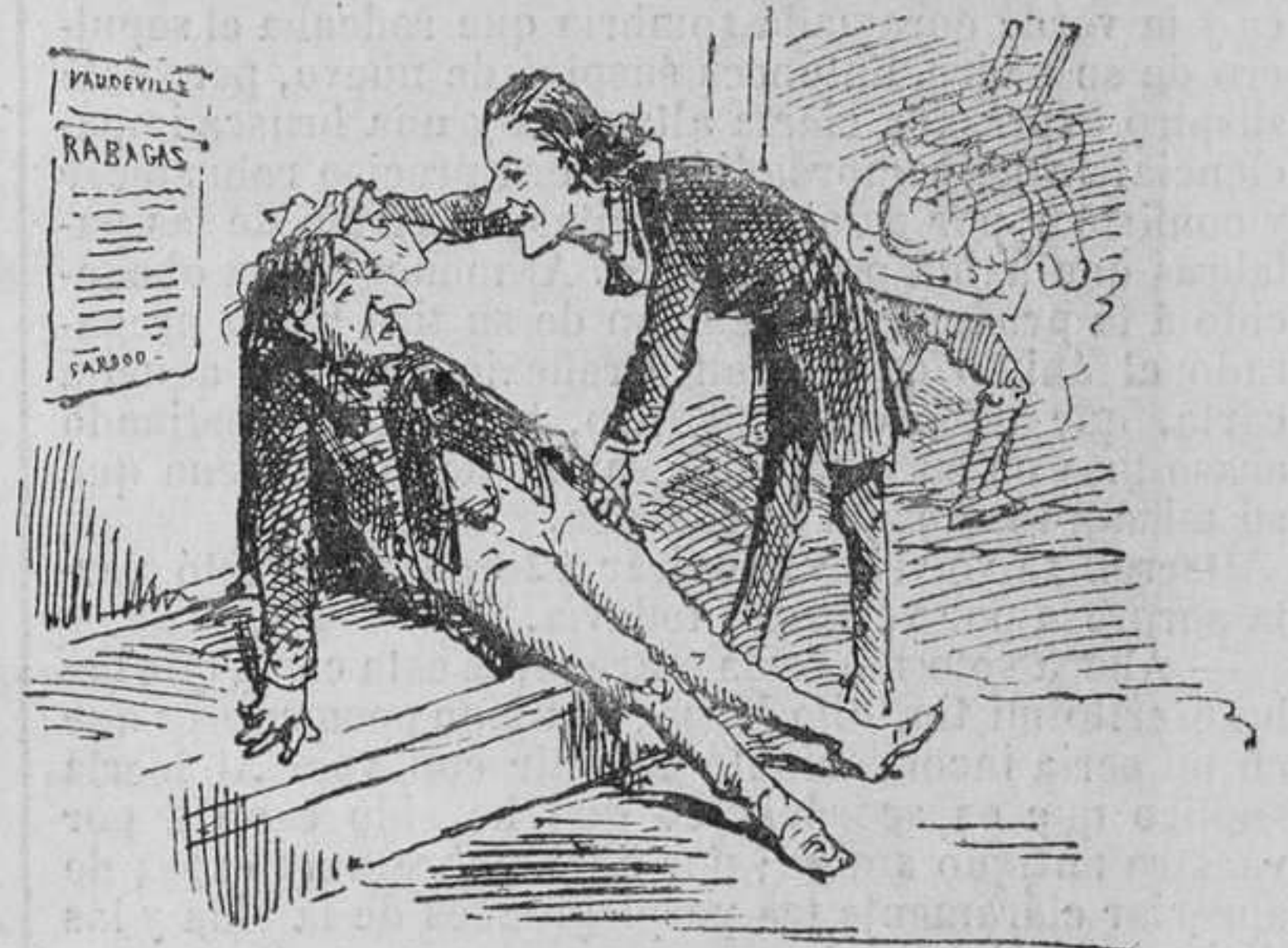
— Profesores, tened presente que en nuestros días el mas corto discurso de este, es preferible al mejor discurso latino.



— *Le Tour du cadran* en el Teatro de Variedades. Soy alemán y conozco las vueltas de los relojes; veré con gusto esa comedia.



— Están permitidos los banquetes de una sola persona; por consiguiente, a los postres puede usted pronunciarse un discursito.



— ¡Pobre Rabagas! Después de haber hablado 250 veces al pueblo, es justo que descanses.



— ¿Cómo es que en vuestro tiempo, M. Odilon Barrot, era buenos los banquetes?

— Sí, eran buenos hace 25 años; pero hoy no podemos digerirlos.



Consulta.

— Pero me parece que siendo yo el pueblo soberano, tengo derecho de comer ternera.

— Ternera, no. Sé por una experiencia de cuarenta años, que cuando el pueblo come ternera, no tarda en convertirse en buey.



A la República conservadora de las terneras francesas, la Sociedad protectora de los animales agradecida.

— Las terneras francesas, esperanza de la agricultura nacional, felicitando al gobierno por la prohibición de los banquetes a que estaban convidadas, no obstante su repugnancia motivada.

### ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,032).

JORGE MORLEY.

— Suponed que Dios os dice: «Hijo obstinado, cede al fin á las advertencias que te da mi bondad» paternal. ¡De un hijo tan favorecido y tan fuerte como tú lo eres, exijo el sacrificio mas difícil! Has sacrificado mucho; pero para fines que no están prescritos por mi ley; sacrifícame ahora lo que tienes en mas estimación, el orgullo: lo que para otros hombres no sería un deber lo es para ti, porque consiguiste una gran victoria sobre ti mismo; paga á la humanidad los atrasos de una deuda largo tiempo olvidada.» Supongamos ahora que el duro sacrificio se ha consumado; debo pensar que Dios atiende á vuestra alegría aun aquí bajo, cuando os manda que rompáis con la causa de vuestros disgustos; debo pensar que los rayos del sol que os fueron negados en el estío de la vida, no lo serian en el otoño. Pero con Dios no se hacen tratos como con un comerciante. Una virtud la mas difícil para vos, porque rebaja lo que durante vuestra vida exaltábais como una virtud, se presenta á vos austera, desagradable; y es así, Guy Darrell, porque está desprovista para vos de todo lo que encanta á aquellos que aprecian su valor. Si la rechazais, los hombres considerarán vuestra conducta segun las reglas ordinarias del mundo y os absolverán, pero si despues de reflexionar decidis en vuestro corazón: «Esta es una virtud» seguireis en silencio el sendero por el cual os llevará hasta Dios.

El predicador dejó de hablar.

Darrell exhaló un prolongado suspiro; se levantó lentamente, asió la mano de Jorge, la estrechó afectuosamente entre las suyas, y despues se apartó de él en silencio. Se detuvo en el profundo alfeizar de la ventana á través de cuyos cristales pasaban los rayos del sol para herir oblicuamente sus macizas hojas en la parte superior; abrió las vidrieras y contempló sus viejos árboles hereditarios, la torre de la iglesia gótica y la verde enramada sombría que rodeaba el sepulcro de su padre. Entonces suspiró de nuevo, pero este suspiro expresaba cierta altanería y una brusca impaciencia. Jorge comprendió que era preciso robustecer y confirmar por palabras escritas, el efecto de las palabras que habia pronunciado. Al menos habia obedecido á la prudente prevencion de su tío; habia preparado el ánimo de Darrell á reflexionar sobre aquella carta, que dada de improviso, le hubiera obstinado acaso mas en su resolucion, aumentando la pena que su misma resolucion le causaba.

Darrell se volvió, y al mirar á Jorge, manifestó cierta sorpresa por verle allí todavia.

— Ahora solo me resta entregaros esta carta que me ha escrito mi tío, dijo Jorge; entra en pormenores que en mi sería inconveniente discutir con vos. Al leerla suplico que os acordeis de que ha sido escrita por vuestro antiguo amigo; por un hombre muy capaz de apreciar claramente las perplexidades de la vida y las delicadezas del honor.

Darrell hizo una señal de asentimiento y cogió la carta. Jorge se disponía á salir cuando Darrell le dijo:

— No os vayais; mas vale tener una sola entrevista, una sola conversacion sobre el asunto cuya discusion me habeis impuesto. Esta carta puede exigir una explicacion ó una respuesta á vuestro tío.

Permaneció algunos momentos con la carta abierta en la mano sin leerla, y despues de un momento de duda, dijo, fijando su penetrante mirada en la pálida y serena fisonomía de Jorge:

— ¿Cómo es que con una experiencia de la vida, que me permitireis considere muy limitada, leéis tan maravillosamente en el corazón humano?

— Si tengo realmente ese don, dijo Jorge, responderé con otra pregunta á la vuestra. ¿Conseguimos leer en el corazón humano por la experiencia ó por la simpatía? Si es por la experiencia, ¿qué es lo que hace el poeta? Si es cierto que el poeta nace, ¿no es porque el poeta tiene naturalmente el don de simpatizar con sentimientos que no ha experimentado nunca?

— Ya comprendo; tambien puede decirse que nace el orador religioso.

Darrell volvió á sentarse y empezó á leer la carta de Alban. La relacion que hacia el coronel del sentimiento de Lionel le conmovió evidentemente y murmuró como si hablase consigo mismo: «¡Pobre muchacho! pero él es fuerte, es joven.» Cuando llegó á los presagios de Alban á propósito de los efectos del dolor moral en la vida, llevó vivamente la mano á su corazón como si hubiera recibido un choque violento. Permaneció pensativo algunos momentos antes de seguir la lectura; despues leyó rápidamente sin pronunciar una palabra, hasta que por último, la sangre le subió al rostro y exclamó con voz melancólica: ¡Que viva el

jóven y muera el antiguo apellido con Guy Darrell! ¡Ah! sí, añadió, el mundo se pone siempre de parte de la juventud! ¿Hay algo que importe mas que la satisfaccion personal de ese jóven? Siguió impacientemente la lectura y cuando llegó al párrafo consagrado á lady Montfort, Jorge advirtió que el papel temblaba en su mano y que sus labios palidecian. Graves temores, murmuró. Debo consideraciones á una amiga como ella. ¡Cree que no tengo corazón!

Sus dedos apretaron fuertemente aquella carta cuya lectura no prosiguió.

— Dejadme esta carta, Jorge, yo contestaré á ella y á vos tambien antes que llegue la noche.

Y cogiendo el sombrero, pasó á la galería de pinturas, y por ella salió al aire libre. Jorge perplejo é inquieto, volvió á su habitacion solitaria y se encerró en ella.

### III.

¿Qué hará de ello? — ¿Qué hará Guy Darrell del pensamiento que atormenta su imaginacion, desgarrando su corazón y turba su conciencia? ¿Qué hará de la ley que se ha impuesto y ha regido hasta ahora su vida? ¿Qué hará de esa sombra de un nombre, que lo mismo entre la agitada multitud, que en el desierto cemeniterio, ha fascinado sus ojos y atraído su paso como un fantasma? ¿Qué hará de ese orgullo cuya máscara acaba de ser tan rudamente desgarrada? ¿Qué hará de los ídolos tanto tiempo reverenciados? ¿Son ídolos en realidad, ó solamente símbolos, imágenes de santas verdades? ¿Qué hará del problema que le atormenta y de cuya solucion depende el honor debido á manos sagradas, y los derechos igualmente justos que reclaman los vivos? Darrell, presa de una grande agitacion, camina con el dardo de esa cuestion profundamente hundido en su seno. Ya atraviesa los vastos terrenos incultos; ya se hunde en los bosques espesos deteniéndose frecuentemente, exhalando rápidamente un suspiro y pasándose la mano por la frente como para ahuyentar una nube; ya desaparece á nuestros ojos, bajo la verde arboleda que rodea el sepulcro de su padre en el cementerio; ya sale lentamente por entre el follaje y fija una mirada melancólica sobre la antigua casa señorial. ¿Qué debe hacer? La cuestion de las cuestiones por las cuales debe abrirse todo el porvenir, le pone en un suplicio. ¿Cómo la resolverá? Veamos.

### IV.

Empieza á anochecer. Fairthorn vaga tristemente de un lado para otro á orillas del lago. Hace tres dias que se encuentra privado de su paseo con Sofia y del singular placer que experimentaba atormentándola con sus alusiones, considerando siempre como una impertinente presuncion el interés que la jóven demuestra por una familia cuya antigua grandeza es para ella tan extraña. Tambien se encuentra privado de su conversacion con Darrell, mas habitual y menos irritante. En una palabra, Fairthorn está fuera de su centro y exhala su spleen contra los cisnes que le siguen por el agua en su paseo por la orilla, menos por cariño sin duda, que por la expectativa del pan que su presencia les hace esperar y le saludan por esa afectuosa nota ronca y gruñidora en que se ha transformado con el trascurso del tiempo la música deliciosa de aquellas aves clásicas tan patéticamente deliciosas en el siglo de Mosco (1) y en las riberas del Caystro.

— Ni una migaja para vosotros, mendigos sin principios, murmuró el músico. Vosotros creéis que el hombre no debe tener otro pensamiento que el de proveer á todas vuestras superfluidades. Si en un tribunal competente os pidieran que me definiérais á mí, vuestro bienhechor, diriais que yo soy un ser colocado muy bajo en la escala de la creacion, sin alas, sin plumas, pero dotado por la Providencia de un instinto admirable para añadir alguna nutritiva apetitosa adición al alimento ordinario de los cisnes. Sí, gruñid cuanto os plazca. Yo quisiera teneros en un pastel.

En este momento la gama se adelantó lentamente entre los espinos y las rocas grises, y se detuvo para beber justamente en el sitio en que la pálida estrella de la tarde reflejaba sus rayos sobre las aguas. El músico olvidó á los cisnes y apresuró el paso con la esperanza de encontrar al fiel compañero de la gama. No quedó defraudada su esperanza: encontró á Darrell en el sitio donde el crepúsculo arrojaba mas sombra entre las rocas y los espinos.

— Querido compañero ermitaño, dijo Darrell casi alegre y con una voz mas afectuosa que de costumbre; justamente llegais cuando es necesario. Yo soy uno de esos hombres cuyos ojos ha deslumbrado un violento contraste de colores, y vuestra presencia es para mí un tránsito á un suave verdor. Tengo que daros algunas noticias, Fairthorn. Vos que conoceis mis secretos mejor que ningun otro hombre, seréis el primero que sepa una resolucion que debe unirnos mas íntimamente en adelante; pero en otra parte, Dick:

*Ibimus, ibimus!*  
..... *Supremum*  
*Carpere iter, comites, parati* (1).

— ¿Qué quereis decir, señor? preguntó Fairthorn. Siempre que os he oido citar á Horacio, he tenido un triste presentimiento. Siempre sigue despues alguna reflexion sobre la muerte ó sobre cualquier otro asunto desagradable.

— ¡La muerte! no, Dick, ahora no. ¡Las campanas del matrimonio, la alegría, Dick! Tendremos una boda!

— ¡Cómo! ¿os casareis al fin? ¡Ah! será con aquella hermosa Carolina Lyndsay. ¡Así debe ser! ¡así debe ser! Vos no podriais casaros nunca con otra. Vos lo sabeis, mi querido señor. ¡Os veré dichoso antes de morir!

— Calla, mi pobre viejo loco, dijo Darrell apoyando dulcemente su brazo sobre el hombro de Fairthorn y dirigiéndose lentamente hácia la casa. ¡Cuántas veces he de deciros que las campanas del matrimonio no han de sonar para mí!

— Pero vos me habeis dicho que fuisteis un dia á Twickenham para verla otra vez, y que al verla tomásteis la resolucion de no casaros con otra mujer. Y cuando yo he hablado contra su ligereza ¿no me habeis hecho casi morir de miedo como si vos solo tuviérais el derecho de indignaros contra ella? ¿No es ella ahora libre? ¿No habeis convenido en que ya no os negaria su mano y que os sería ya fiel? ¡Y sin embargo persistis en permanecer como un granito!

— No, Dick, no soy de piedra; quisiera serlo.

— Granito y orgullo, dijo Dick animosamente. Si se quiere derribar el granito, la zapa se rompe contra el orgullo.

— ¡El orgullo! tú tambien, murmuró Darrell. No, repuso en alta voz, no es el orgullo el sentimiento que ahora me mueve. Pero preferiria sufrir todos los tormentos que los piadosos inquisidores inventaban por compasion hácia los obstinados herejes, á condenar á la mujer á quien he amado tan fatalmente á una expiacion cuya miseria no puede entrever. Ciertamente, me concederia su mano, ¿pero por qué? porque cree que me debe una reparacion, porque tiene lástima de mí. Y mi corazón me dice que yo sería cruel, vil y vengativo, si pasara toda mi vida con una mujer que me inspiró, cuando el sol de mi vida estaba en el cénit, un amor que no habia experimentado en los primeros años de mi juventud, y si la única recompensa de ese amor debiera ser la compasion concedida á mi vida cuando su sol declina. No, si solo tenia lástima de mí; si no me amaba cuando nos separamos allá abajo, á la sombra de aquellas hayas, hace diez y ocho años, sería un insensato al pensar que la compasion de la mujer se cambia en amor cuando nuestros cabellos empiezan á blanquear, y los jóvenes creen ridiculos nuestros sentimientos. Esto no es orgullo, Dick, es mas bien humildad. Pero no se trata de la vejez ni del pasado, sino de juventud y de bodas. Sabed que he pasado muchas horas preguntándome cómo podria conciliar mis ideas con la felicidad de mi querido Lionel. Nosotros debemos pensar en los vivos lo mismo que en los muertos, Dick. He resuelto el problema. Estoy contento y los jóvenes lo estarán tambien.

— Vos no quereis decir que consentireis en...

— Sí; en el enlace de Lionel con esa encantadora jóven cuyo origen no podremos nunca poner en claro. Los grandes hombres no necesitan ilustres antepasados; ¿por qué no ha de pasar lo mismo con las mujeres bonitas? Naturalmente, aseguraré á mi pariente y á su esposa una buena fortuna. Lionel muchos dias antes de marchar á la guerra podrá estar gozando de su luna de miel. Ahora se batirá animosamente, Dick. Los jóvenes en el dia no saben soportar el dolor como se nos enseñaba á soportarlo en mi tiempo. Y aquella amable dama que experimentaba tanta compasion por mí, la experimentará mas naturalmente por esos jóvenes cuyo enlace proyectaba con el objeto de hacerme experimentar las alegrías del hogar doméstico. Mejor que verla languidecer y caer enferma y... en fin, todo se arreglará convenientemente para la felicidad de los vivos. Pero aun nos resta otra cosa que hacer; debemos pensar en los muertos, así como en los vivos; el nombre de Darrell será sepultado conmigo al lado del sepulcro de mi padre. Lionel Haughton conservará su nombre. ¡Vivan los Haughton! ¡Perezcan, pero sin que una mancha empañe su blason, perezcan los Darrells! ¿Pero qué es eso? ¡Llorais, Dick! ¡Bah! sed hombre. Necesito de toda vuestra energia, porque vos tambien debeis tener vuestra parte en el sacrificio. No dicta mis palabras el orgullo, si me conozco bien. Renuncio al objeto al cual he sacrificado una gran parte de mi vida; pero esta renuncia satisface mis ideas sobre el honor. De todos modos, si esto es orgullo disfrazado, al menos no hará victimas. Vos y yo experimentaremos tal vez un vivo dolor; pero debemos soportarlo, Dick.

— ¿Qué va á suceder? dice Fairthorn con acento de dolor.

— El deber hácia los muertos, Ricardo Fairthorn. Este pequeño rincón de la hermosa Inglaterra, donde

(1) ¡Marchemos, marchemos! hácia el camino supremo como buenos compañeros de viaje.

(1) Poeta griego discípulo y amigo de Bion.

aprendí á amar el honor de aquellos que ya no existen, esta pobre posesion de Fawley será legada al colegio en que me eduqué.

— ¡ Señor!

— Podrá proporcionar plaza gratuita á uno ó dos estudiantes aplicados. Mientras duren las instituciones inglesas será consagrado á la instruccion y al honor. Podrá servir en beneficio de la humanidad á una ambicion mas grande y mas generosa que la mia, y será un establecimiento fundado en el nombre de mi padre, no en el mio, tal como el museo Darrell. Hé aqui lo que yo considero como un deber á los muertos. La antigua casa será ya inútil; la nueva siempre fué una locura. Ambas caerán cuando los jóvenes se casen: no quedará de ellas piedra sobre piedra. El arado pasará encima de ellas. A vos os encargo de esa tarea; yo no tendria fuerzas para ello. Despues os apresurarei á reuniros conmigo en Sorrento, en ese rincon de tierra donde Horacio deseaba exhalar el último suspiro:

*Ille te mecum locus et beate  
Postulant arces, ibitu... (1)*

— ¡ Por Dios, señor! ¡ otra vez Horacio! ¡ Ah! eso es demasiado.

Fairthorn estaba acongojado; pero como creia aquella idea demasiado monstruosa para poder creer en su exactitud, asió á Darrell con tanta vehemencia, que casi le cogió por la garganta y exclamó sollozando:

— No podeis hablar con formalidad.

— Formal y solemnemente, Ricardo Fairthorn, dijo Darrell apartando dulcemente aquellos dedos crispados que amenazaban estrangularle. Os he declarado formal y solemnemente mi intencion. En nombre de nuestra antigua amistad os suplico que consideréis esa desgracia, como yo lo hago, con firmeza, con valor, os suplico que ejecutéis á la letra las instrucciones que os dejare cuando salga de Inglaterra, viaje que pienso emprender el mismo dia del casamiento de Lionel, y entonces, querido amigo, gozaremos de dias serenos y de una conciencia tranquila. Allí donde razas enteras han pasado y desaparecido, donde orgullosas ciudades yacen sepultadas en el olvido, donde nos ruborizariamos del disgusto causado por la pérdida de una pobre casa, en aquel pais moralizaremos contra las vanas esperanzas y el loco orgullo, cultivaremos las viñas y los naranjos con Horacio... No, no, Dick, con la flauta.

## V.

Darrell volvió á entrar en la casa. Cuando Fairthorn se quedó solo se sentó en el suelo y se entregó por algunos momentos á lamentaciones poco dignas de un hombre. De pronto se levantó: un pensamiento habia atravesado por su mente, en su corazon entró una esperanza. Dió un salto, entró en la casa, penetró en su cuarto y al poco tiempo salió con una carta que entregó al cartero en el momento en que este funcionario salia de la casa con su cartera oficial.

Despues se sentó en la mesa en el momento en que Jorge Morley terminaba las oraciones que precedian siempre á la comida, que Fairthorn consideraba como el mayor acontecimiento del dia. Pero el apetito del pobre hombre habia desaparecido. Como Sofia comia con Waife, Jorge Morley y su esposa participaron solos con el huésped y su secretario de aquella melancólica comida. Jorge Morley tambien guardó silencio. Mistres Morley, á quien su marido no confiaba secretos de otros, aunque no le ocultaba ninguno de los que á él solo concernian, hizo todo el gasto de la conversacion.

Terminada la comida, Darrell se levantó y dijo á Jorge:

— Voy á ver un momento á nuestro querido enfermo: ¿os encontraré á mi vuelta? Vuestra visita podrá seguir á la mia.

Al entrar en la habitacion de Waife, Darrell se dirigió directamente á Sofia, quitándole todo medio de retirada.

— Amable señorita, dijo con una gracia afectuosa que sabia hacer cuando queria, extremadamente seductora, enseñadme el medio de atraer en adelante en vez de asustarla, á una persona en la cual un hombre de edad aun mas avanzada que la mia reconoceria los encantos que cautivan á la juventud.

Y asiendo dulcemente su mano, la hizo sentar en la silla de que acababa de levantarse, se sentó á su lado, dirigió á Waife algunas preguntas benévolas acerca de su salud, y añadió:

— No debeis separaros aun de mí por algunos dias. Por el correo de hoy he escrito á mi joven pariente Lionel Haughton. Yo me he negado á servirle de embajador en una corte donde, segun las leyes de todas las naciones, está obligado á someterse á su vencedor. Ni aun me atrevo á esperar que huya de ella con su libertad: no, sus cadenas serán para toda su vida. Dichoso, tres veces dichoso, si tal es la sentencia que pronunciais contra él.

Al pronunciar estas palabras, imprimió sus labios en la mano de Sofia, y antes de que esta pudiera comprender el sentido de sus palabras, tan sorprendida, confusa y poco dispuesta se encontraba á un cambio tan repentino, Darrell salió de la habitacion y Waife la estrechó contra su corazon murmurando:

— ¡ Cuán misericordiosa es la Providencia!

Darrell volvió á reunirse al predicador y le dijo:

— Jorge, tened la bondad de decir á Alban que me habeis enseñado su carta. Decid tambien á lady Montfort que soy sensible á su deseo de reparar las pérdidas que me han dejado solo ante la vejez y el sepulcro. Decidle que su antiguo amigo (ya os acordareis, Jorge, que la conocí de niña) reconoce en su deseo aquella misma bondad que le consoló en la muerte de su hijo, y mas tarde cuando su hija huyó del hogar paterno. Añadid que ese deseo quedará satisfecho. Ese enlace que su dulce clemencia consideraba como el mejor consuelo para mi triste existencia, ese enlace se efectuará, consiento en ello.

— ¡ Consentis! ¡ Ah M. Darrell, cómo os venero!

— No, yo no merezco elogios por consentir en lo que me hacia digno de desprecio si siguiera oponiéndome. No podré deciros si este cambio repentino en un hombre que muda rara vez de resolucion es debido á lady Montfort, á Alban ó á los razonamientos metafísicos con los cuales habeis atacado tan hábilmente mi razon, y me habeis obligado á reformar mis propios juicios. Sea como quiera, he creído que no podia tomar otro partido. Es justo atribuirlos á vos el principal mérito, porque vos me habeis hecho encontrar un medio de conciliarlo todo. Ahora id á hacer á Waife vuestra visita. Lionel, que ha ido á reunirse á su regimiento, creo que no podrá llegar aquí antes de tres dias. Despues creo que se pasarán algunas semanas antes de que se embarque su regimiento, y yo no estoy para que se me haga mucho tiempo la corte.

## VI.

Una dulce voz se deja oír allá abajo á través de las hayas despojadas de hojas. Waife escucha aquella voz desde la ventana. Son las doce del dia. ¡ Escuchad! Sofia ha encontrado otra vez su canto.

Está sentada en un banco del jardín, desde el cual se distingue al otro lado del lago, el sombrío edificio gótico y el palacio que se eleva á su lado como un elevado espectro. Mrs. Morley está tambien sentada sobre el banco ocupada en dibujar. Fairthorn vaga por los bosques vecinos, agitado, desanimado hasta el extremo, y al oír aquella voz se detiene trasportado de indignacion.

— Canta, dijo, canta su triunfo delante de esta casa condenada por ella á la destruccion. Es peor que Nerón tocando la lira durante el incendio de Roma.

Sofia que no podia estar mucho tiempo quieta en el mismo lugar, se alejó del lago y fué á buscar á Fairthorn. Saludando con alegría al mismo á quien habia asociado tan frecuentemente á sus paseos cuando su corazon estaba lleno de tristeza, se lanzó á él con un afecto y una expresion de felicidad que hubiera hecho salir de su tonel al mismo Diógenes; pero Fairthorn retrocedió exclamando:

— ¡ No os acerqueis á mí!

Al pronunciar estas palabras hizo un gesto horrible enseñando los dientes como un lobo, y mientras la joven permanecia inmóvil, llena de admiracion, y tal vez de miedo, el músico se internó en el bosque como si él mismo temiera dejarse llevar de su indignacion.

Sofia volvió á encontrar aquel dia otras dos veces á Fairthorn que desapareció del mismo modo y haciendo el mismo gesto.

— Ese M. Fairthorn parece á veces muy singular, dijo Sofia con timidez á Jorge.

— Siempre, respondió este con sequedad.

Esta respuesta consoló algun tanto á Sofia. Tales genialidades en un hombre de un carácter extravagante podrán ser desagradables, pero rara vez peligrosas. Sin embargo, Sofia no pudo menos de decir:

— ¡ Quisiera que estuviera aquí el pobre sir Isaac!

— ¿ De veras? dijo á su espalda una voz dulce: ¿ y me podreis decir quién es sir Isaac?

Sofia se volvió y vió á Darrell que se habia acercado á ella con la firme resolucion de conocerla mas á fondo, y de mostrarse lo mas amable que pudiera. Guy Darrell no podia nunca ser bueno á medias.

— Sir Isaac es el perro extraordinario de que me habeis oido hablar, dijo Jorge.

— ¿ Haria daño á mi gama si viniera aquí? preguntó Darrell.

— ¡ Oh! no, exclamó Sofia, nunca hace daño. Un dia encontró una pobre liebre herida, y nos la trajo delicadamente en la boca, parecia abrigar el deseo de que la cuidáramos, y así lo hizo mi abuelo, la liebre le hacia daño algunas veces, pero él nunca se lo hizo á la liebre.

Darrell hizo que Sofia se apoyara en su brazo y dijo:

— ¿ Quereis venir conmigo hácia el lago y ayudarme á dar de comer á los cisnes? Jorge, enviad á vuestro criado á buscar á sir Isaac, deseo conocerle. La mano de Sofia oprimió involuntariamente el brazo de Darrell, dirigiéndole una mirada donde brillaba la mas viva gratitud; sentia desaparecer como por encanto el terror que le inspiraba.

Darrell y Sofia se pasearon así por espacio de mas

de una hora. Darrell procuró penetrar en el fondo del alma de la joven sin que ella se apercebiera de ello y advirtió, gracias al esmero de lady Montfort, que sin ser precisamente muy instruida, era sin embargo mas versada en la literatura de lo que habia creído en un principio. Muchas veces mudó de color y exhaló un ligero suspiro al oír hacer alusion á algunos pasajes de sus autores favoritos, que él mismo habia comentado y leído en alta voz á la Carolina de otro tiempo.

Al dia siguiente, Waife que parecia restablecido como por milagro, salió con Jorge, y Darrell se paseó tambien con Sofia. Sir Isaac llegó. Su llegada produjo una inmensa alegría; la gama amenazó á sir Isaac que batido en retirada, se puso en pié, se apoderó del baston de Waife y puso en fuga á la gama que se batió á su vez en retirada. A la media hora los dos animales eran los mejores amigos del mundo.

Waife consintió, sin hacerse mucho de rogar, en comer con los demás. Cuando llegó la noche, todos, á excepcion de Fairthorn, se aproximaron al fuego. Waife accediendo á los deseos de Jorge leyó una escena ó dos de Shakespeare, escogiendo la última parte de *King Lear*. Darrell que no habia sido nunca muy aficionado al teatro, y que, preciso es decirlo para su vergüenza, rara vez habia hojeado á Shakespeare, desde que salió del colegio se llenó de admiracion al oír á Waife. Aunque leia admirablemente, como los grandes oradores, no tenia el talento mimico ni el talento imitativo; nunca hubiera podido ser actor, ni identificarse con una existencia enteramente extraña á la suya. Grave ó alegre, severo ó indulgente, Guy Darrell, aunque variaba frecuentemente, era siempre Guy Darrell.

Pero cuando Waife se lanzaba en el mundo mágico del arte, Waife desaparecia, nada quedaba de él, era el personaje que representaba; era el loco, era el mismo Lear.

Por la primera vez en su vida, Darrell reconoció que un gran actor es realmente una inteligencia de primer orden, un crítico ingenioso que hace visibles, sin apercebirse él mismo de ello, bellezas que ningun comentador podria describir.

Aquella lectura fué seguida de una larga conversacion; el sombrío y antiguo hogar conoció el encanto del circulo de la familia, y todos se sorprendieron cuando el reloj dió la una. En el momento de salir de la habitacion, Sofia vió brillar detras de la cortina de la ventana una mirada maliciosa y vengativa. Fairthorn hacia un gesto que Waife no vió por desgracia. Le hubiera podido servir de estudio para hacer el papel de Caliban. Sofia exhaló un grito:

— ¿ Qué es eso? exclamó Darrell.

— Nada, dijo ella con viveza, demasiado generosa para denunciar las hostiles excentricidades del músico. Es que he tropezado con sir Isaac.

— Otra noche será preciso que oigamos á Fairthorn tocar la flauta, dijo Darrell; ¡ qué lástima que no haya estado aquí esta noche! Nadie hubiera gozado mas que él con la lectura.

— Ha estado aquí una ó dos veces esta noche, dijo Mrs. Morley, pero se ha eclipsado.

— Su flaco es eclipsarse, dijo Jorge.

Darrell hizo un gesto de disgusto. Su carácter hacia que se resintiera vivamente al oír una burla por un amigo ausente, por inocente que fuera; y en aquel momento su corazon estaba predispuesto mas favorablemente hácia Fairthorn que hácia otro hombre cualquiera. Si no hubiera determinado manifestarse para con sus huéspedes tan amable é indulgente como su carácter se lo permitiera, probablemente hubiera lanzado á Jorge un sarcasmo que habria vibrado mas de un mes en sus oídos, pero en aquel momento Darrell se contentó con decir gravemente:

— Si, Jorge, el flaco de Fairthorn es eclipsarse; pero su fuerte es ser fiel.

## VII.

¡ Ha llegado el dia! Se espera á Lionel de una á dos de la tarde. Darrell está en su habitacion, y tiene delante su testamento. Acaba de escribir el codicilo en cuya virtud debe desaparecer Fawley, quedar consignado el nombre de Darrell en el dominio de la ciencia reconocida, unido á los premios de los colegiales, y convertirse su posesion en una propiedad pública, perdida para los representantes de aquellos que reposan en sus tumbas. Ya han comenzado los preparativos de marcha. Grandes cajones obstruyen el suelo, sus libros favoritos, la mayor parte científicos ó clásicos, están amontonados por todas partes esperando la eleccion de su dueño.

¿ Qué pasa realmente en el fondo del corazon de Darrell? ¿ Se siente reconciliado con su decision? ¿ Encuentra en ese nuevo sacrificio una recompensa? ¿ Esa cordial urbanidad, esa bondad que le hace mas querido á sus huéspedes, son sinceras ó afectadas?

La expresion de su fisonomia tal vez responda á estas preguntas: con la megilla apoyada en la mano y la pluma á un lado, muestra en su rostro una melancolia que no se notaba antes en él, ni aun en sus momentos mas sombríos; es la melancolia de la resignacion, la de un hombre que ha terminado una larga lucha consigo mismo, que ha pagado su tributo á Némesis apaciguada, arrojando al mar lo que mas apreciaba.

(1) Ese lugar nos llama, ven conmigo á esa plácida mansion.

En la resignacion, cuando es completa, se nota un extraño consuelo. A pesar de esa melancolia, Darrell es menos desgraciado que lo ha sido hace muchos años. Le parece que ha terminado una penosa incertidumbre, y siente su pecho libre de un gran peso.

Después de todo, ha asegurado, tal es su conviccion, la felicidad de los vivos, y sin embargo, renunciando al objeto á que ha consagrado en vano su existencia, inmolando el orgullo que enlazaba á aquel objeto, ha cumplido, sirviéndonos de sus mismas palabras, sus deberes hácia los muertos.

La hija de un Jasper Losely y una Gabriela Desmarts no dominará jamás como señora en una casa donde la lealtad y el honor han conservado con los restos del naufragio de una fortuna, la gloriosa memoria de antiguos caballeros; los nietos de la que desciende del fraude y de la infamia, no perpetuarán el apellido de Darrell.

Este consuelo no es ya el de un culpable orgullo; ha sido comprado por la abdicacion de otro orgullo que hasta ahora habia opuesto sus preocupaciones á la felicidad justamente merecida de seres llenos de vida y de juventud. Sofía no recibirá el castigo de faltas que no son suyas; Lionel no se verá privado de un bien que el mas rico patrimonio no podria nunca reemplazar.

¿Qué les importa después de todo, una vieja casa ruinada y algunos miserables acres de tierra? Sus hijos no serán menos hermosos ni menos felices por no pasar las tardes de sus vacaciones de verano, bajo la sombra de esos árboles corpulentos, ni serán menos inteligentes por firmar en el colegio sus temas con el apellido de Haughton en lugar del de Darrell.

En la puerta resuena un débil golpe que revela una agitacion nerviosa. Darrell ha llamado á Fairthorn y Fairthorn se presenta. Darrell coge un papel que contiene minuciosas instrucciones sobre la demolicion de las dos casas. Los materiales de la nueva pueden emplearse en cualquier cosa, venderse, ser trasportados á cualquier parte, de cualquier modo. Los de la antigua casa son sagrados, ni un ladrillo será trasportado fuera de los límites de la posesion.

No, todo debe ser piadosamente sepultado en el fondo tranquilo del lago, y el lago desaparecerá á su vez, se llenará de tierra y será cubierto por la yerba. Los cuadros y las antigüedades destinadas al museo Darrell serán trasportadas á Londres y cuidadosamente almacenadas hasta que quede legalmente ratificado este don del propietario á su patria. Los cuadros y los efectos de menos valor serán vendidos en pública subasta.

Pero cuando llegó á los retratos de familia, á los muebles antiguos y cómodos con los cuales se habia familiarizado desde su infancia, Darrell vaciló, sus pensamientos se hicieron confusos, y tuvo que dejar aquella cuestion para mas tarde.

— ¿Y por qué ya que habeis tomado esa resolucion, dijo bruscamente Fairthorn, deseando obtener al menos un plazo, por qué no esperar á que dejes de existir? ¿Por qué ha de perecer la antigua casa antes que vos?

— Porque una orden semejante impuesta por testamento, dijo Darrell, pareceria una reconvencion á mis herederos; heriria á Lionel en lo mas vivo. Si por el contrario, lo ejecuto en vida, é inmediatamente después de haber bendecido sus bodas, me será fácil encontrar mil razones para explicar este capricho de un viejo, y mi manera de obrar no tendrá nada de ofensivo para su jóven y encantadora esposa.

— Esa jóven no ha venido aquí mas que para hacer daño. Pero, señor, prosiguió, yo no puedo obedecer; es inútil que hablemos mas del asunto: debeis buscar otro que cumpla vuestras órdenes. El predicador Morley lo hará de muy buen grado, hasta con placer; ó si no ese viejo tuerto á quien creo hechicero.



El señor mariscal de campo don Santiago Gonzalez, presidente de la República del Salvador.

— ¡Bah! mi querido Dick, yo no puedo pedir que me preste ese servicio á nadie mas que á vos. El predicador argumentaria, y ya ha argumentado bastante conmigo, y el viejo tuerto es el último á quien yo podria vencer. *Fiat justitia.*

— ¡Oh! no, M. Darrell, no, os lo suplico; me despedazais el corazon. ¡Eso es horrible! dijo sollozando el pobre y fiel rebelde.

— Bien, Dick, yo mismo lo haré. Si, seria una cobardía en mi retroceder en este caso. Yo llevaré á cabo esta tarea, seria una vergüenza confiarla á otro. Volved á vuestra flauta, Dick.

VIII.

Fairthorn se encontraba en el mismo sitio en que Lionel cinco años antes, herido por las palabras indiscretas del músico, habia sido descubierto por Darrell, abandonándose como el jóven á sombríos pensamientos, é irritado contra el mundo entero y contra sí mismo. La carta que escribió el día que Darrell le habia irritado tan profundamente, y en la cual fundaba su última esperanza habia quedado sin respuesta.

¡Lionel va á llegar dentro de una hora ó dos y aquellas bodas que van á causar la ruina de Fawley como las de París y Elena causaron la de Troya, aquellas detestables bodas quedarán fijadas definitivamente! Una semana mas y empezará la obra de destruccion. Nunca ha sido su intencion dejar su direccion á Darrell; no, podrá murmurar y negarse hasta el último momento, pero cuando llegue ese momento, Ricardo Fairthorn sufrirá todos los tormentos, por ahorrar uno de ellos á Darrell.

En el bosque alto suena una dulce voz; el estremecimiento de las hojas anuncia la aproximacion de un paso ligero.

(Se continuará.)

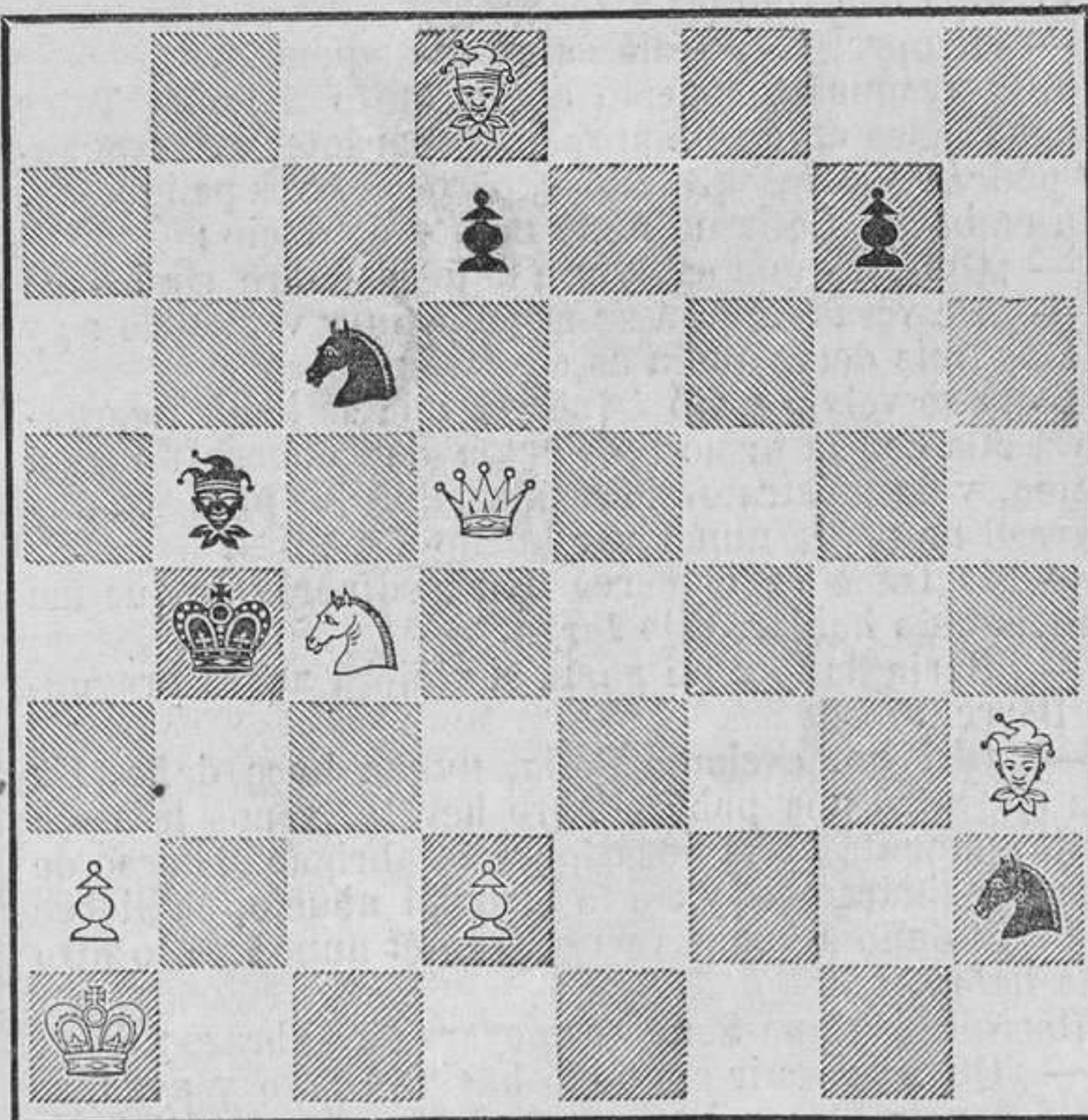
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 371.

- 1 R<sup>a</sup> 2<sup>a</sup> AR<sup>a</sup> . . . C toma P
- 2 R<sup>a</sup> 5<sup>a</sup> AR<sup>a</sup> jaque R 5<sup>a</sup> R
- 3 C 6<sup>a</sup> R<sup>a</sup> jaque-mate

PROBLEMA NÚMERO 372, POR UN ANÓNIMO DE CHRUDIM.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

El señor mariscal de campo

DON SANTIAGO GONZALEZ,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL SALVADOR.

El mariscal Gonzalez es uno de los mas ilustres hijos de esa República del Salvador, que tantos progresos hace en la industria, el comercio, las ciencias y la literatura. Ha figurado con brillo en la carrera militar y política. Es valiente en las batallas y humano con los vencidos. Se ha mostrado patriota sincero, administrador lleno de probidad, tolerante y enérgico al par. En temprana edad, su mérito le ha elevado á la cumbre del poder. Poseedor de una inmensa fortuna, nunca ha buscado medios pecuniarios, y se le ha visto siempre, liberal de sus erarios, favorecer toda empresa útil al país. Su honradez es reconocida aun por sus mismos adversarios. Ayudado por colaboradores tales como Arbizú, Mendez, Grimaldi, etc., etc., ha hecho nobles esfuerzos, coronados por el buen éxito, por favorecer el desenvolvimiento de la instruccion primaria, secundaria y superior. Durante su administracion se han concluido tratados que importan una nueva vida para la América Central, y se han acometido empresas que impulsarán el desarrollo de la riqueza pública.

El mariscal Gonzalez tiene por divisa: Patria y Honor.